



EL PAN DE LA VIDA

**Fundación Francisco y Clara de Asís
en el AÑO DE LA EUCARISTÍA**

Matilde Eugenia Pérez Tamayo

La Eucaristía es un don maravilloso entregado por Jesús a su Iglesia, lo que este libro intenta es -a través de elementos teológicos fundamentales- hacernos tomar conciencia más clara y profunda de la gran riqueza que nos ha sido confiada y del compromiso que adquirimos al participar en ella y acercarnos a recibirla.



*“Lo que hemos visto y oído,
se los anunciamos,
para que también ustedes estén en comunión con
nosotros...”*
Primera Carta de San Juan 1, 3

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

1. LA EUCARISTÍA, ALIMENTO PARA LA VIDA ETERNA

- La Eucaristía en la Historia de la Salvación
- Signos y acciones simbólicas de la Eucaristía
- Riqueza de la Eucaristía
- Efectos del Sacramento de la Eucaristía
- Yo soy el pan de la Vida...

2. LA EUCARISTÍA, MISTERIO DE FE

- Presencia real de Jesús en la Eucaristía

3. LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO DEL AMOR

- La Eucaristía construye la Iglesia
- Les doy un mandamiento nuevo
- Servir...

4. LA EUCARISTÍA, ESPERANZA Y ANUNCIO DE VIDA ETERNA

- María, “mujer eucarística”

5. LA EUCARISTÍA, FUENTE Y CIMA DE LA VIDA CRISTIANA

- El Domingo, día del Señor
- El Domingo es un día para...

6. VIVIR LA EUCARISTÍA EN LA VIDA COTIDIANA

- Comulgar...
- Para tener en cuenta...

7. LOS ENFERMOS Y LA EUCARISTÍA

- La Unción de los enfermos
- Santificar el dolor
- Oración a Jesús Eucaristía

UNA PALABRA FINAL...

ANEXO: CELEBRACIÓN LITÚRGICA DE LA
EUCARISTÍA

PRESENTACIÓN

El 2005 fue proclamado por el Papa Juan Pablo II, como el AÑO DE LA EUCARISTÍA; la Eucaristía entendida como Celebración del Misterio Pascual de Jesús, la Misa, en nuestro lenguaje común, y la Eucaristía entendida como la presencia real de Jesús muerto y resucitado, que se hace nuestro alimento, en las especies sacramentales del pan y del vino consagrados; dos manifestaciones inseparables de un único y gran Misterio.

Es un deseo del Papa y de toda la Iglesia, que los cristianos, católicos, abramos un espacio en nuestra vida de fe, para profundizar en este don maravilloso de Jesús para la comunidad eclesial en general, y para cada uno de nosotros en particular: lo que la Eucaristía es en sí misma, lo que significa para nosotros, seguidores de Jesús, las gracias que nos comunica, el compromiso que nos exige participar en ella y acercarnos a recibirla.

Fiel a su vocación y a su tarea, la Fundación Francisco y Clara de Asís, quiere aportar su granito de arena, para que todos los que a ella se acogen, en los distintos campos de su actividad apostólica: sus beneficiarios, los enfermos y los ancianos y sus familias, primera razón de sus esfuerzos; los apóstoles voluntarios de sus distintos campos de acción; las coordinadoras, que establecen el vínculo entre la Fundación y la Iglesia local; las religiosas y los laicos “consagrados” como Ministros extraordinarios de la Comunión; los conductores, que llevan a Jesús por

las calles de nuestra ciudad, y con Él, el consuelo, la fuerza, y la unión a su pasión y muerte, y todo el personal de oficina, tomemos conciencia más clara y profunda de la gran riqueza que nos ha sido confiada, como un don para acoger y compartir: Jesucristo, Pan de Vida Eterna y Bebida de Salvación, para todos los hombres y mujeres del mundo, sin discriminaciones ni exclusiones de ninguna clase.

Este es, precisamente, el objetivo que nos proponemos con el presente librito: Proporcionar a todos los que comparten nuestra misión, de una u otra manera, elementos teológicos fundamentales, para crecer en el conocimiento teórico y experiencial de Jesús Eucaristía: Jesús que se nos da, Jesús que se nos entrega como alimento que nos fortalece y anima; razón de nuestra fe, fundamento de nuestra esperanza; Luz, Amor y Vida de nuestra vida. Así, cada nuevo encuentro con él, al recibirlo cada mañana, y al llevarlo a quienes lo esperan en su lecho de dolor, se constituirá para todos nosotros, en un anticipo de la gloria futura, cuando podremos mirarlo “cara a cara” (cf. 1 Corintios 13, 12), y hablarle “como un amigo habla a otro amigo” (cf. Éxodo 33, 11).

Que el Espíritu Santo, Espíritu de Jesús Resucitado, nos guíe en esta tarea, y que María, la Virgen de Hebrón, Nuestra Señora de la Visitación, patrona de la Fundación, nos acompañe en nuestro caminar, y nos ayude a convertirlo en oración alegre, festiva, amorosa y confiada.

1. LA EUCARISTÍA, ALIMENTO PARA LA VIDA ETERNA

El Sacramento de la Eucaristía es el tercero y último de los Sacramentos de la Iniciación cristiana. Quienes hemos sido elevados a la dignidad de hijos de Dios y consagrados como sacerdotes, profetas y reyes, al estilo de Jesús, por el Sacramento del Bautismo, y luego hemos sido configurados más profundamente con Cristo, nuestro Señor y Salvador, por el Sacramento de la Confirmación que nos comunica el don del Espíritu Santo, participamos, por medio de la Eucaristía, junto con toda la comunidad de los creyentes, en el Sacrificio del Señor y nos alimentamos de su Cuerpo y de su Sangre, para fortalecer nuestra vida de relación con Dios y con los hermanos.

Como nos dice el Concilio Vaticano II, el Sacramento de la Eucaristía es “la fuente y cima de toda la vida cristiana” (Constitución Dogmática sobre la Iglesia, “Lumen Gentium” N 11), porque toda la vida cristiana, los demás sacramentos, las obras de apostolado y los ministerios eclesiales, se ordenan a ella – a la Eucaristía -; de ella reciben su razón de ser y su fuerza, y a ella – a su celebración – nos orienta y nos impulsan; además, en la Eucaristía esta contenido y hecho realidad activa y operante, todo el amor de Dios por nosotros, y toda su bondad, su misericordia, su generosidad.

- **LA EUCARISTÍA EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN**

Un pasaje del libro del Génesis nos refiere que en una ocasión, Melquisedec, Rey de Salem, se presentó delante de Abrahán llevando una ofrenda de pan y vino, *“porque era sacerdote del Dios Altísimo”*. Melquisedec bendijo a Abrahán, diciéndole: *“¡Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de cielo y tierra, y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó a tus enemigos en tus manos!”* (cf. Génesis 14, 17- 20). Los Padres de la Iglesia primitiva vieron en este texto del Antiguo Testamento, la clara figura del Mesías – Jesús - y del Sacrificio Eucarístico: la Eucaristía.

Cuando por orden de Dios – según nos lo cuenta el libro del Éxodo (cf. Éxodo 12, 1 ss) -, los israelitas celebraron la Comida de Pascua, antes de salir de Egipto, donde eran tenidos como esclavos, en busca de la Tierra Prometida, incluyeron en ella como elemento fundamental, al lado del cordero pascual sacrificado, los panes ázimos, es decir, panes sin levadura, de acuerdo con las instrucciones recibidas por Moisés. Después, cada año, para recordar y celebrar esta gran fiesta de la libertad, continuaron comiendo el cordero asado, ofrecido a Dios, acompañado con hierbas amargas, panes ázimos y vino de uva.

Desde los doce años – edad señalada por la ley para que los varones israelitas asumieran sus responsabilidades como miembros del pueblo escogido -, y hasta el final de sus días, Jesús celebró cada año, primero con sus padres y sus parientes, y después con sus discípulos y amigos más cercanos, la Cena Pascual, en memoria de

la liberación de la esclavitud en Egipto, como correspondía hacer a un buen israelita. Esta comida de Pascua tenía para Jesús un gran significado: por una parte, hacía presente para él momentos muy importantes de la historia de Israel – su pueblo -, y por otra, le anunciaba acontecimientos y circunstancias de un futuro no muy lejano.

En diversas ocasiones a lo largo de su vida pública, en las comidas y banquetes a los que era invitado y en las que participaba con sus discípulos, y más específicamente con el milagro de la Multiplicación de los panes y los peces, y el discurso del Pan de Vida, que podemos leer en Evangelio de Juan (Juan 6, 1-16 y 22-59), Jesús anunció la institución de la Eucaristía como la nueva Pascua, la nueva Comida Pascual, memorial de su Pasión y de su Sacrificio Salvador:

"Yo soy el pan de la vida. El que venga a Mí no tendrá hambre, y el que crea en Mí, no tendrá nunca sed (...)

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y Yo lo resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en Mí y Yo en él" (Juan 6, 35.54-56).

Los Evangelios sinópticos – Mateo, Marcos y Lucas -, y la Primera Carta de San Pablo a los Corintios, nos cuentan cómo sucedieron los hechos; cómo Jesús dio a la Comida Pascual un nuevo sentido y un nuevo valor,

instituyendo en ella la Eucaristía, que anuncia y realiza anticipadamente y en su forma incruenta - esto es sin derramamiento de sangre - su dolorosa Muerte y su gloriosa Resurrección. Y también su mandato a los apóstoles de hacer lo mismo que él estaba haciendo, de repetir su acción para prolongar su presencia en el mundo, a través del tiempo, y en todos los lugares de la tierra:

"Llegó el día de los Ázimos, en el que se había de inmolar el cordero de Pascua; Jesús envió a Pedro y a Juan, diciendo: 'Vayan y preparen la Pascua para que la comamos...' fueron... y prepararon la Pascua. Llegada la hora, se puso a la mesa con los apóstoles; y les dijo: 'Con ansia he deseado comer esta Pascua con ustedes antes de padecer; porque les digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios...' Y tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: 'Esto es mi cuerpo que va a ser entregado por ustedes; hagan esto en recuerdo mío'. De igual modo, después de cenar, tomó el cáliz, diciendo: 'Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada por ustedes'" (Lucas 22, 7-20).

Desde el comienzo, la Iglesia fue fiel a la orden dada por Jesús. Así nos lo cuenta el libro de los Hechos que nos refiere el nacimiento de las primeras comunidades cristianas:

Los creyentes *"acudían asiduamente a la enseñanza*

de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones..." (Hechos de los apóstoles 2, 42).

A partir de entonces y hasta nuestros días, la celebración de la Eucaristía se ha perpetuado en la Iglesia con la misma estructura fundamental que le dio Jesús en la Última Cena con sus discípulos, y que luego retomaron los apóstoles en sus comunidades. La Eucaristía sigue siendo – como lo fue en aquel tiempo - el centro de la vida de la Iglesia, y el anuncio del Misterio Pascual de Jesús – su dolorosa Pasión, su ignominiosa Muerte en la cruz, y su gloriosa Resurrección de entre los muertos -, hasta que Jesús vuelva al final de los tiempos, como es nuestra esperanza.

- **SIGNOS Y ACCIONES SIMBÓLICAS DE LA EUCARISTÍA**

Jesús instituyó el Sacramento de la Eucaristía en una comida, la Comida Pascual, y por tanto, empleó en ella – como signos -, los elementos propios de una comida normal en aquel tiempo: el pan y el vino, dos alimentos fundamentales en la dieta judía, dos alimentos que no podían faltar en la mesa de la Pascua: pan sin levadura y vino de uvas. El pan, alimento elemental, simple, sencillo, aportante de energía y acompañante ideal de las carnes, las verduras y las salsas; el vino, bebida que – ingerida con mesura -, alegra el espíritu y mueve a la comunicación, a la relación abierta y espontánea; el alma de toda fiesta judía.

El pan y el vino, la oración de acción de gracias a Dios

Padre, de quien todo procede, las palabras de Jesús sobre los alimentos colocados en la mesa, y su acción de partir y repartir, para que todos comieran y bebieran, son los signos y acciones simbólicas del rito eucarístico:

“Tomen, coman, esto es mi cuerpo...” (Mateo 26, 26)

“Tomen y beban de ella todos, porque esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos, para el perdón de los pecados...” (Mateo 26, 27-28)

“Hagan esto en recuerdo mío...” (Lucas 22, 16)

El Sacerdote, a quien por el Sacramento del Orden que ha recibido, Dios mismo ha hecho “otro Cristo”, repite las acciones y las palabras de Jesús, y por el don del Espíritu Santo, la materia que vemos: la hostia – fabricada de harina de trigo sin aliños ni levadura, como los panes ázimos de Israel – y el vino de uvas que está en el cáliz - mezclado con algunas gotas de agua -, se transforman en el cuerpo y el alma de Jesús, en su carne y en su sangre. Jesús Muerto y Resucitado, Jesús que se entrega para ser “comido” por nosotros, Jesús que se hace nuestro alimento; un alimento que nos vivifica y nos fortalece, un alimento que es fuente de vida eterna para todos, sin exclusión, si nos acercamos a recibirlo con dignidad y fervor.

- **RIQUEZA DE LA EUCARISTÍA**

La gran riqueza del Sacramento de la Eucaristía se

expresa en los distintos nombres que se le han ido dando a lo largo de estos 2.000 años de historia cristiana. Cada uno de estos nombres evoca y explica alguno de sus aspectos más importantes, alguna de sus muchas y muy grandes riquezas. Veamos algunos de ellos:

1. LA EUCARISTÍA ES ACCIÓN DE GRACIAS Y ALABANZA A DIOS PADRE

“Eucaristía” quiere decir “acción de gracias”. En la Eucaristía, por mediación de Jesús, la Iglesia – todos nosotros - expresa su reconocimiento a Dios Padre, por todos sus beneficios: por todo lo que ha hecho de bueno, de bello, y de justo, en la creación y en la humanidad, por todo lo que ha realizado mediante su acción creadora, la redención que nos da en Jesús, y la santificación que porta para nosotros el Espíritu Santo, y canta la gloria de Dios en nombre de todo lo creado.

2. LA EUCARISTÍA ES MEMORIAL DEL SACRIFICIO DE CRISTO

Pero la Eucaristía es también el “memorial”, es decir, la actualización sacramental, es decir, por medio de signos y símbolos, de la Pascua de Jesús; la actualización de su único Sacrificio Salvador, de su sacrificio de la cruz, y de su gloriosa resurrección de entre los muertos. El Concilio Vaticano II nos dice a este respecto: *“Cuántas veces se renueva en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua fue inmolado, se realiza la obra de nuestra redención” (Constitución Dogmática sobre la Iglesia, “Lumen Gentium” N. 3).*

En la Eucaristía, Jesús nos da el mismo Cuerpo que entregó por nosotros en la cruz, y la misma Sangre que derramó al ser crucificado, para la remisión – para el perdón - de los pecados, de nuestros pecados, de todos los pecados de la humanidad.

La Eucaristía es además, un sacrificio de la Iglesia, porque la Iglesia, que es el Cuerpo Místico de Cristo, del cual todos somos miembros por nuestro Bautismo, participa en la ofrenda de su Cabeza que es Cristo, y se ofrece con él a Dios Padre, por todos los hombres y mujeres del mundo, de antes y de ahora, y de todos los tiempos y todos los lugares. Lo dice claramente el sacerdote en la Plegaría Eucarística, después de las palabras de la Consagración:

*“Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia,
y reconoce en ella a la Víctima
por cuya inmolación quisiste devolvernos tu
amistad,
para que, fortalecidos con el Cuerpo y Sangre de
tu Hijo
y llenos de su Espíritu Santo,
formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo
espíritu...” (Plegaría Eucarística III)*

En la Eucaristía como sacrificio se vive profundamente el Misterio de la Comunión de los Santos. La Iglesia militante, constituida por quienes aún vivimos en la tierra: el Papa, los Obispos, los Sacerdotes, los Diáconos y todos los fieles cristianos, se une íntimamente con la

Iglesia purgante, constituida por los fieles difuntos que esperan su purificación total, y con la Iglesia triunfante - la Virgen María y todos los santos y santas - que viven en el cielo. Se unen y forman un único pueblo que se ofrece a Dios en sacrificio por la salvación de todos los hombres y mujeres del mundo, los que conocen a Jesús y los que no lo conocen, los que lo aman y los que no lo aman, los que creen y los que no creen, los que esperan la Vida Eterna y los que no la esperan; porque del amor de Dios, nadie queda excluido.

Nosotros – los que vivimos en el mundo - participamos de un modo especial en la Eucaristía, cuando unimos al sacrificio de Cristo, el ofrecimiento de nuestra propia vida, con sus sufrimientos, sus alegrías, el trabajo que realizamos, la oración que hacemos, en una palabra, todo lo que somos y lo que tenemos; así nuestra vida y nuestros actos adquieren un valor nuevo, un valor que los hace “salvadores”. Nos lo dice San Pablo en su Carta a los cristianos de Roma:

“Los exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcan sus cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será su culto espiritual” (Romanos 12, 1)

3. LA EUCARISTÍA ES PRESENCIA DE CRISTO

Cristo Jesús, que murió y resucitó para nuestra salvación, y que está "sentado a la derecha de Dios Padre" e intercede por nosotros, está presente en su Iglesia de múltiples maneras: está presente en su

Palabra, está presente en la oración de su Iglesia, está presente en los Sacramentos que él mismo instituyó, está presente en los pobres, los enfermos, los presos,... está presente en la persona de sus ministros, el Papa, los Obispos, los Sacerdotes, pero sobre todo está presente – y de un modo especial - en las especies eucarísticas: el Pan y el Vino ofrecidos y consagrados.

La presencia de Jesús en el Pan y el Vino consagrados es una presencia singular, que eleva a la Eucaristía por encima de los demás sacramentos. El Concilio de Trento nos enseña que en el Sacramento de la Eucaristía están contenidos, verdadera, real y sustancialmente, el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Las palabras del celebrante unidas a las especies eucarísticas, el pan y el vino, y por la acción del Espíritu Santo, realizan el milagro maravilloso de la TRANSUBSTANCIACION, que consiste en que toda la sustancia del pan se convierte en la sustancia del Cuerpo de Cristo, y toda la sustancia del vino, se convierte en la sustancia de la Sangre de Cristo, aunque nosotros sigamos viendo con nuestros ojos, en apariencia, el mismo pan y el mismo vino. Ambos, pan y vino, juntos y separados, son Jesús total.

4. LA EUCARISTÍA ES BANQUETE PASCUAL

La Eucaristía es a la vez e inseparablemente, el memorial del sacrificio de Jesús en la cruz, y el banquete sagrado de la comunión del Cuerpo y la Sangre del

Señor. Comulgar es recibir al mismo Cristo que se ofrece a Dios Padre, en la cruz, por nosotros, para nuestra salvación.

El Altar alrededor del cual nos reunimos para la celebración de la Eucaristía, representa los dos aspectos de un mismo misterio: es el altar del sacrificio y es la mesa del Señor. Cristo, presente en medio de la asamblea de sus fieles, se ofrece como víctima por la reconciliación, y se entrega como alimento que nos fortalece. El Señor Jesús nos dirige una invitación urgente a recibirlo en la Comunión:

"En verdad les digo: si no comen la carne del Hijo del hombre, y no beben su sangre, no tendrán vida en ustedes" (Juan 6, 53).

Acercarnos a recibir la Comunión, es la participación más plena en la celebración de la Eucaristía.

Para responder a esta invitación del Señor, debemos prepararnos adecuadamente. San Pablo nos exhorta a hacer un examen de conciencia antes de acercarnos a recibir el Pan consagrado de manos del sacerdote:

"Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual y coma entonces el pan y beba el cáliz. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo" (1 Corintios 11, 27-29).

5. LA EUCARISTÍA ES PRENDA DE LA GLORIA

FUTURA

Por último, la Eucaristía es también la anticipación de la gloria, de la felicidad, que un día tendremos en el cielo. En la Última Cena, Jesús habló a sus discípulos muy claramente de ello:

"Y les digo que desde ahora no beberé de este fruto de la vid hasta el día que lo beba con ustedes, de nuevo, en el Reino de mi Padre" (Mateo 26, 29).

Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía, recuerda esta promesa del Señor, e implora su venida gloriosa; este es el sentido de las palabras que decimos juntos después de la consagración del Pan y del Vino: *"Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡Ven, Señor Jesús!"*.

La presencia de Jesús en la Eucaristía es una presencia real, pero velada, que nos hace desear vivamente nuestro encuentro definitivo con Dios, donde *"esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de su gloria"*.

• EFECTOS DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Participar en la Eucaristía, recibiendo la Comunión, tiene como efecto, como fruto principal para nosotros, la unión íntima con Jesucristo, según sus mismas palabras:

"Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, habita en Mí y Yo en él" (Juan 6, 56).

Esta unión íntima con Cristo es la fuente de la unión de los cristianos entre sí, en un único cuerpo, el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia. La Eucaristía es el Sacramento que crea la comunidad de los creyentes. La Comunión renueva, fortifica, y profundiza en nosotros, la incorporación a la Iglesia, realizada ya por el Bautismo.

Por otra parte, lo que el alimento material produce en nuestra vida corporal, la Comunión lo realiza de manera admirable en nuestra vida espiritual. Recibir a Cristo resucitado en la Comunión, conserva, acrecienta y renueva en nosotros, la vida de la gracia, que es la misma Vida de Dios que recibimos en el Bautismo. Sin la Comunión, nuestra vida de relación con Dios se debilita y muere.

La Comunión también nos purifica de los pecados cometidos y nos preserva de futuros pecados, en particular, de los pecados graves; aunque esto no significa de ninguna manera, que pueda sustituir el Sacramento de la Penitencia. Cuanto más participamos en la vida de Cristo y más progresamos en nuestra relación con él, más difícil se nos hará romper con su amistad por el pecado mortal.

La Comunión fortalece la caridad, que en la vida ordinaria tiende a debilitarse. Dándonos a Jesús, reaviva nuestro amor y nos hace capaces de romper los lazos desordenados que nos atan a las criaturas, y de

arraigarnos en el amor de Dios.

Finalmente, el Sacramento de la Eucaristía nos compromete, de un modo especial, a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para fortalecer los lazos que nos unen con los demás, los lazos de la caridad. La Eucaristía nos une íntimamente con Jesús, y esa unión con Jesús trae para nosotros el compromiso de hacernos – como él - servidores de los otros, especialmente de los más débiles, de los más necesitados, reconocer el rostro de Cristo en todos ellos, y vivir consciente y activamente el Mandamiento del Amor en nuestras actitudes diarias:

"En verdad les digo que cuanto hicieron a unos de estos hermanos míos más pequeños, a Mí me lo hicieron" (Mateo 25, 40).

YO SOY EL PAN DE LA VIDA...

Al día siguiente del milagro de la Multiplicación de los panes y los peces, con los que Jesús dio de comer a la multitud que se había reunido para escucharlo, dijo a quienes habían salido a buscarlo, maravillados por la fuerza de sus palabras y por su poder para hacer milagros:

*"Yo soy el pan de la vida.
El que venga a mí no tendrá hambre, y el que crea en mí no tendrá nunca sed..."*

*Yo soy el pan de la vida.
Sus padres comieron el maná en el desierto y murieron;
este es el pan que baja del cielo,
para que quien lo coma no muera.*

*Yo soy el pan vivo, bajado del cielo.
Si uno come de este pan vivirá para siempre;
y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del
mundo...*

*El que come mi carne y bebe mi sangre,
tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día.*

*Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre,
verdadera bebida.*

*El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en
mí y yo en él.*

*Lo mismo que el Padre que vive, me ha enviado, y yo
vivo por el Padre,
también el que coma vivirá por mí.*

*Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron
sus padres y murieron; el que coma de este pan vivirá
para siempre". (Juan 6, 35.48-51.54-58)*

Jesus, Pan que da la Vida, Eucaristía.

Eucaristía: carne y sangre de Jesús ofrecido en sacrificio
a Dios Padre, por
nosotros;

cuerpo y alma de Jesús hecho don de
salvación para todos los
hombres y mujeres del mundo;
humanidad y divinidad de Jesús que alimenta
la Vida de Dios en
nosotros; que fortalece nuestro ser entero.

Eucaristía: Jesús sufriente...
Jesús clavado en la cruz...
Jesús muerto y sepultado...
¡Jesús resucitado y glorioso!

Eucaristía: Jesús, Hijo de Dios, nos comunica su Vida,
que es la misma Vida
del Padre:
Vida que no se acaba,
Vida nueva,
Vida regenerada,
Vida resucitada,
Vida que llena la vida,
Vida de Dios en nosotros,
Vida con Dios para siempre...

Eucaristía: Jesús, Pan de Dios,
Pan de Salvación,
Pan de Vida Eterna.

Eucaristía, Jesús hecho alimento de Vida:
para ayudarnos a crecer en la fe,
para fortalecernos espiritualmente,
para hacernos más decididos y arriesgados
en todo lo que se refiere

a Dios,
para comunicarnos las gracias que nos
capacitan para obrar bien en
todas las circunstancias de nuestra vida, por
difíciles que sean,
para hacernos mejores personas, más
humanos, más comprensivos,
más amorosos, más serviciales.

Eucaristía, Jesús hecho Pan de Vida, alimento de Vida
Eterna:

para enseñarnos a amar de verdad,
con el corazón,
con las palabras y con las obras,
a todos, sin excepción.

Eucaristía: Misterio de fe...

Sacramento del Amor...

Esperanza de Vida Eterna...

No hay palabras que puedan expresarlo
adecuadamente...

No hay palabras que puedan decir toda su
grandeza... lo que es, lo

que significa, lo que nos da...

No hay palabras... Sólo balbuceos...
Lenguaje de niños.

2. LA EUCARISTÍA, MISTERIO DE FE

Sin lugar a dudas, la Eucaristía es un Misterio... ¡Un Misterio de fe!... ¡Un secreto de Dios que no podemos comprender en toda su magnitud! ¡Un secreto de Dios que no podemos entender ni explicar, que no podemos razonar!... Un misterio que sólo la fe desnuda y humilde puede penetrar... y aceptar; así, sin más....incondicionalmente...

La Eucaristía es un Misterio para creer a pie juntillas, sin pedir explicaciones ni demostraciones; un Misterio para celebrar alegres; un Misterio para agradecer desde lo más profundo del corazón.

Sólo la fe, la verdadera fe, puede acceder a él y rozarlo... La fe que es don gratuito de Dios. La fe que es confianza absoluta en Él y en su palabra de verdad. La fe que es certeza de su bondad infinita y de su amor misericordioso por nosotros. La fe que es entrega total, sin condiciones. La fe que es aceptación plena. La fe que es adhesión libre y voluntaria a la persona de Jesús, Hijo de Dios, y a su mensaje de Salvación. La fe que es convicción profunda... Convicción que orienta la vida entera... cada pensamiento, cada palabra, cada acción.

En la Eucaristía, en cada Eucaristía que se celebra, el pasado se vuelve presente y la historia deja de ser historia para convertirse en realidad; una realidad activa y operante: Jesús que se entrega por nosotros, Jesús que muere en la cruz para salvarnos, Jesús que resucita de entre los muertos para nunca más volver a morir. ¿Cómo? No lo sabemos; sólo él lo sabe. ¿Por qué?

Porque nos ama intensamente, profundamente.

La Eucaristía es un misterio de fe, un sacramento de fe, porque es precisamente eso, fe, lo que necesitamos para aceptar lo que nuestros ojos no pueden ver, lo que nuestras manos no pueden tocar, lo que nuestra razón no puede descifrar, lo que muchas veces nuestro corazón puede no sentir...

La Eucaristía es un misterio de fe, un sacramento de fe, porque es precisamente eso, fe, lo que necesitamos para acercarnos a recibirla con frecuencia, completamente seguros de que en ella es Jesús mismo, Dios y hombre, quien viene a nosotros, a nuestro corazón, a nuestra vida. Necesitamos fe para que comulgar no se convierta en un acto más, en un hecho rutinario, sin mayor sentido; una acción sin repercusiones en la vida. Necesitamos fe para que Jesús Eucaristía nos cambie la vida; para que nos transforme por dentro; para que nos transforme desde dentro, desde las profundidades de nuestro propio corazón.

La Eucaristía es un misterio de fe, un sacramento de fe, porque es precisamente eso, fe, lo que necesitamos para que recibirla nos señale un nuevo camino y una nueva meta en nuestro caminar de cada día: en lo que somos y en lo que deseamos ser. Para que recibirla llene nuestro corazón de amor y de esperanza. Para que acoger a Jesús en nuestro corazón, realice desde nosotros la unidad con los demás hombres, nuestros hermanos, como era el deseo de Jesús: *“Como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros, para*

que el mundo crea que Tú me has enviado” (Juan 17, 21). Para que Jesús Eucaristía nos impulse a compartir lo que somos y lo que tenemos, lejos de todo egoísmo. Para que Jesús Pan de Vida nos capacite para perdonar a quien nos haya ofendido, sea cual sea la ofensa recibida.

La Eucaristía es un misterio de fe, un sacramento de fe, porque es precisamente eso, fe, lo que necesitamos para que participar en la Misa y acercarnos a comulgar nos lleve a luchar sin descanso por la justicia; nos haga constructores de la paz en el mundo; sea semilla de esperanza para nosotros mismos y para cuantos nos rodean; impida la muerte que produce en nosotros el pecado; y haga crecer en nosotros el amor, en todas sus manifestaciones.

La Eucaristía es un misterio de fe, un sacramento de fe... Exige la fe de quien se acerca a ella, y a la vez, hace crecer esa fe que un día recibimos como semilla en el Bautismo; la realiza, la lleva a su plenitud... ¡Si nosotros queremos! – claro está -, ¡porque Dios no obliga a nadie! ¡No obliga a nadie a nada!

La Eucaristía es un misterio de fe, un sacramento de fe... el Misterio de la presencia real y verdadera de Jesús en medio de nosotros... El Sacramento de la Vida de Jesús, Hijo de Dios, entre nosotros, con nosotros y para nosotros. La Eucaristía es como una nueva manifestación del maravilloso Misterio de la Encarnación: Jesús, el Hijo de Dios que se hace hombre, semejante a nosotros en todo, menos en el pecado (cfr. Hebreos 4,

15), para darnos a conocer el amor de su Padre y conducirnos a Él.

En la Eucaristía, en cada Eucaristía que se celebra en cualquier rincón del mundo, misteriosamente, milagrosamente, se renueva, se actualiza, se hace de nuevo presente entre nosotros y para nosotros, el maravilloso Misterio de nuestra Salvación, ¡Misterio de fe, de amor y de esperanza! Lo proclamamos en la Misa después de las palabras de la Consagración del pan y del vino:

CELEBRANTE: *¡Este es el sacramento de nuestra fe!*

TODOS: *Anunciamos tu muerte,
proclamamos tu resurrección,
¡Ven, Señor Jesús!*

- **LA PRESENCIA REAL DE JESÚS
EN LA EUCARISTÍA**

“Porque yo recibí del Señor lo que les he transmitido: que el señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: ‘Este es mi cuerpo, hagan esto en recuerdo mío’. Así mismo también la copa después de cenar, diciendo: ¡Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la beban, háganlo en recuerdo mío’. Pues cada vez que comen este pan y beben esta copa, anuncian la muerte del Señor, hasta que venga”

(1 Corintios 11, 23-26)

Las palabras son claras y precisas; no dejan lugar a dudas ni a interpretaciones equívocas. La Eucaristía es la presencia real, verdadera, de Jesús, Dios y hombre, en las especies eucarísticas: el pan y el vino de la cena, consagrados por el sacerdote, que habla y actúa en nombre de Jesús, repitiendo sus acciones y sus palabras, por el poder que le ha sido confiado al recibir el Sacramento del Orden.

¿Cómo sucede este hecho maravilloso?

¿Cómo el pan y el vino que el sacerdote ofrece a Dios Padre en el altar, dejan de ser lo que son – simples pan de trigo y vino de uvas –, y se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesús Resucitado?

¿Cómo sucede el milagro de la TRANSUBSTANCIACIÓN?

No lo sabemos. No tenemos forma de saberlo. Jesús no lo explicó. Simplemente hizo y dijo lo que nos dice el texto: bendijo el pan, lo partió y lo entregó a los discípulos, diciéndoles que lo comieran porque era “su Cuerpo”, y lo mismo hizo con el vino: dio gracias, lo bendijo, y pasó la copa para que todos bebieran, porque era “su Sangre”. “Su Cuerpo y su Sangre”, es decir, su ser entero, total, completo, como lo estaban viendo, su persona, el mismo que estaban escuchando, el que les había enseñado muchas cosas acerca de Dios, el que los amaba, el que iba a entregar su vida por ellos y por todos los hombres y mujeres del mundo de todos los tiempos y de todos los lugares. Él mismo en su ser único

y total.

¿Entendieron los apóstoles lo que Jesús les dijo?
¿Comprendieron la importancia y el alcance de sus palabras y de sus gestos?

Seguramente no. Al menos en aquel mismo momento. No estaban capacitados para ello; sin embargo hicieron lo que Jesús les había dicho, porque sabían que era digno de toda su confianza, siempre les había hablado con la verdad, siempre les había hecho el bien, a ellos y a todos cuantos encontraban en su camino. Los apóstoles hicieron lo que Jesús les dijo, confiados en su palabra, y esperaron...

Poco tiempo después, cuando Jesús resucitó, lo comprendieron todo... el Espíritu Santo aguzó su mirada y aclaró sus pensamientos, despejó todas sus dudas y sus temores, y creyeron...

“... y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció de su lado. Se dijeron uno al otro: ¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lucas 24, 30-32)

Los apóstoles creyeron sin entender, sin razonar, sin buscar pruebas, sin pedir explicaciones, porque eso es la fe. Y a Dios sólo lo podemos “comprender” desde la fe.

La fe que es aceptar sin más, confiar, estar seguros de que Dios lo puede todo, hasta lo que nos parece irracional, ilógico, imposible... Dios lo puede todo, lo sabe todo, es infinitamente bondadoso, nos ama con un amor sin límites, y siempre quiere lo mejor para nosotros.

Tampoco nosotros podemos entender. Sólo podemos creer... Estamos llamados a la fe simple y sencilla... seguimos viendo, oliendo, tocando, y gustando, pan y vino comunes, con el olor, el sabor, la consistencia y la figura que les son propios, pero ese pan y ese vino ya no son tales, sino que en ellos está Jesús real y verdaderamente presente en medio de la comunidad de los creyentes. Jesús hecho pan para ser “comido” y vino para ser “bebido”, pan y vino para ser asimilados por nuestro ser entero, total; por nuestro organismo físico y por nuestro ser espiritual, nuestro cuerpo y nuestra alma, que no pueden entenderse como dos entidades separadas, sino como un ser único, indivisible e irrepetible.

La presencia eucarística de Jesús en el pan y en el vino “comienza” – si es que podemos decir así, porque nuestro lenguaje es siempre inadecuado para todo lo que se refiere a Dios – en el momento de la Consagración, por la repetición que hace el sacerdote celebrante, de las palabras de Jesús en la Última Cena, unidas a la acción santificadora del Espíritu Santo, y “dura” mientras permanezcan las especies del pan y del vino como tales, es decir, mientras el pan siga siendo pan y el vino siga siendo vino. En cada partícula de pan y en cada gota del vino está Jesús presente, entero, sin divisiones de

ninguna clase.

Jesús Eucaristía, en el pan y el vino consagrados, es tan real como el Jesús de Galilea que curaba a los enfermos, hablaba con los apóstoles, enseñaba en la sinagoga, multiplicó los panes y los peces, calmó la tempestad, y perdonó a María Magdalena. Tan real como el Jesús que fue acusado por los doctores de la ley y los fariseos, juzgado por Pilato y clavado en la cruz. Tan real como el Jesús que resucitó de entre los muertos y se apareció vivo y glorioso a sus amigos y discípulos. Tan real como el Jesús que está en el cielo, “a la derecha del Padre”, como decimos en el Credo, resumen de nuestra fe.

Jesús Eucaristía es Jesús real, Jesús verdadero, Jesús Resucitado y glorioso... ¡pero real y verdadero no quiere decir simplemente físico!... ¡Hay que saber “entender”!... ¡Hay que tener fe para creer!... ¡Fe para creer y amor para saltar de alegría!...

3. LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO DEL AMOR

Hablar de la Eucaristía es, sin duda, hablar del Amor: amor infinito de Dios Padre por cada uno de nosotros, amor infinito de Jesús, su Hijo, nuestro Señor y Salvador, amor de todos cuantos creemos en él, amor de unos por otros, amor de todos por todos; amor que se da, amor que se entrega, amor que sirve, amor que comparte lo que es y lo que tiene; amor generoso, amor sin límites, amor que no hace distinciones, amor que no excluye a nadie. Los Evangelios son claros en este sentido; los Evangelios sinópticos: Mateo, Marcos y Lucas, y también, por supuesto, el Evangelio de san Juan, que aunque no narra la Institución de la Eucaristía, en sí misma, muestra ampliamente que Jesús dio a la Cena Pascual, a lo que en ella hizo y dijo, eminentemente, un sentido de amor y de servicio.

“Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

Durante la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, sabiendo que el Padre lo había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en una palangana y

se puso a lavar los pies de sus discípulos y a secárselos con la toalla con la que estaba ceñido...

Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: - ¿Comprenden lo que he hecho con ustedes? Ustedes me llaman 'El Maestro', ¡El Señor', y dicen bien porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes" (Juan 13, 1-5.12-15)

Dios es Amor (cf 1 Juan 4, 16), y por amor nos da a su Hijo Jesús – Dios que se encarna y se hace hombre – como Salvador; lo leemos en el Evangelio de Juan:

"Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la Vida Eterna" (Juan 3, 16)

Jesús, Dios-con-nosotros, nos ama, y entrega su vida en la cruz, por amor, para salvarnos del pecado y de la muerte eterna, a todos y a cada uno. Nos ama y anticipa su entrega del Calvario, en la Última Cena con sus discípulos y amigos más íntimos:

*"Este es mi cuerpo que es entregado por ustedes...
Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que*

es derramada por ustedes... (Lucas 22, 19-20)

En la Eucaristía, Jesús nos hace palpable su infinito amor, en el Pan y el Vino que nos da como alimento, tal como lo había anunciado en el milagro de la Multiplicación de los panes y de los peces, y en el Discurso del Pan de Vida, que “escandalizó” y alejó a muchos de sus seguidores, que no abrieron su corazón para “entender” y acoger sus palabras (cf Juan 6, 22-66)

El amor de Dios por nosotros es tan grande, que no dudó en darnos a Jesús su Hijo, como Salvador.

El amor de Jesús por nosotros es tan maravilloso, que no dudó en quedarse a nuestro lado, sometido a nuestra contingencia y a nuestra debilidad, en un pedazo de pan y en un poco de vino, pan de trigo y vino de uvas. Pan para ser “comido” y vino para ser “bebido”. Pan y vino que se hacen carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Pan y vino que alimentan la vida Trinitaria de Dios en nosotros. Pan y vino que llenan nuestra vida de amor: amor por Dios y amor por todos los hombres y mujeres, nuestros hermanos y hermanas. Amor que nace para darse, para entregarse, con total generosidad, como el mismo amor de Dios:

“Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros. Que como yo los he amado, así se amen también ustedes, los unos a los otros. En esto conocerán todos que son discípulos míos: si se tienen amor los unos a los otros” (Juan 13, 34-35)

Cuando participamos en la Eucaristía, cuando recibimos a Jesús en la Comunión, su presencia amorosa en nosotros hace que también nosotros nos convirtamos en criaturas de amor, personas que aman con todo el corazón, personas que viven para el amor, personas que viven para comprender, para servir, para ayudar, para apoyar, para acompañar, para ofrecerlo todo – lo bueno y lo malo, lo agradable y lo desagradable – con amor, por la salvación de los demás hombres y mujeres del mundo, nuestros hermanos y hermanas en Jesús nuestro Salvador, íntimamente unidos a su dolorosa Pasión y Muerte en la cruz.

La Eucaristía es Sacramento del Amor de Dios por nosotros, presencia del amor de Dios que se nos da, que se nos entrega, para que nosotros aprendamos a vivir en el Amor, por amor, amando siempre y a todos, cada vez con más fuerza y decisión, con mayor compromiso y entrega.

- **LA EUCARISTÍA
CONSTRUYE LA IGLESIA**

Los cristianos, y más precisamente los católicos, formamos juntos, una gran familia: la familia de Dios, que llamamos la Iglesia.

La palabra Iglesia quiere decir “asamblea”, “reunión”. La Iglesia es la asamblea, la reunión la comunidad de

quienes creemos en Jesús, en sus palabras y en sus milagros, en su vida y en su muerte, y en su gloriosa resurrección y ascensión al cielo, y nos esforzamos por seguirlo, buscando hacer realidad en nosotros sus enseñanzas y su ejemplo, guiados por el Papa, los Obispos y los sacerdotes, herederos de Pedro y los demás apóstoles.

Toda familia, toda comunidad, crece y se desarrolla alrededor de la mesa común, compartiendo los alimentos, cordialmente, fraternalmente. Lo muestra la historia de los pueblos y de las culturas. Y la Iglesia no es la excepción; al contrario, en ella se manifiesta – mejor que en cualquier otra comunidad humana – lo importante que es compartir lo que se es y lo que se tiene, comer juntos, unidos en el amor, unidos en los proyectos y en las realizaciones, unidos en la fe y en la esperanza. Nos lo dice con toda claridad el Libro de los Hechos de los Apóstoles, cuando nos habla de la primera comunidad cristiana:

“Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones...

Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según las necesidades de cada uno.

Acudían al Templo todos los días con perseverancia, y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón.

Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar” (Hechos de los apóstoles 2, 42.44-47)

“La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a los bienes, sino que todo era en común entre ellos. Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran simpatía.

No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas las vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad” (Hechos de los apóstoles 4, 32-35)

Todo esto ocurrió después de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo “recordó” a los apóstoles todas las enseñanzas de Jesús, su Maestro y Amigo, ayudándoles a comprenderlas y dándoles la fortaleza que necesitaban para salir de sí mismos y comunicárselas a otros. Entonces, todos los que los escuchaban quedaban maravillados con sus palabras y sus acciones, y su admiración los llevaba a unirse a ellos con total decisión. Así, después de ser adecuadamente instruidos, recibían el Bautismo, y comenzaban a participar en la Cena del Señor, llamada también la Fracción del Pan, como nos lo indican los textos anteriores. De esta manera, poco a poco, fue creciendo el número de quienes confesaban a

Jesús como el Mesías prometido por Dios y anunciado por los profetas, su Hijo, y se comprometían a vivir según su mensaje de amor, de justicia, de perdón, de libertad y de paz.

Y esta “costumbre”, esta “tradición”, ha llegado sin interrupción hasta nosotros, que vivimos 2.000 años después, y se prolongará hasta el fin del tiempo, según la misma promesa de Jesús:

“No los dejaré huérfanos: volveré a ustedes. Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero ustedes sí me verán, porque yo vivo y también ustedes vivirán. Aquel día comprenderán que estoy en mi Padre y ustedes en mí y yo en ustedes...” (Juan 14, 18-20)

Todos los días la Iglesia celebra la Eucaristía, hasta en los rincones más apartados de la tierra, y con ella re-actualiza, es decir, re-vive, re-nueva, la Última Cena de Jesús con sus amigos más cercanos y lo que en ella ocurrió, sus palabras de amor y su entrega por nosotros en la cruz. Lo único que se necesita es que haya allí un sacerdote consagrado por el Sacramento del Orden, un poco de pan y un poco de vino.

Por las palabras del sacerdote, dichas con fe, y en unión con toda la Iglesia, y por la acción del Espíritu Santo, que es Dios mismo presente y actuante entre nosotros, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesús, en su humanidad y su divinidad, nosotros lo recibimos en la Comunión, y nos unimos a él, nos

hacemos “uno” con él, y con todos los hombres y mujeres de la tierra, porque todos somos hijos muy queridos de Dios. Lo dice San Pablo en su Primera carta a los creyentes de Corinto:

“La copa de bendición, que bendecimos, ¿no es acaso la comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque aún siendo muchos, un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (1 Corintios 10, 16-17)

En la Eucaristía nos hacemos uno con Jesús para amar como él amó, y en su nombre, a todas las personas sin excepción; para servir como él sirvió y en su nombre; para compartir lo que somos y lo que tenemos, material y espiritualmente, como lo hizo él cuando se encarnó y vivió entre nosotros como niño, como joven y como adulto, y cuando murió en la cruz, sólo por amor, para salvarnos.

“Este es el mandamiento mío: que se amen los unos a los otros como yo los he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando” (Juan 15, 12-14)

En la Eucaristía estrechamos los lazos que nos unen con Dios y con los demás hombres y mujeres, a quienes podemos llamar hermanos, porque eso somos por obra de Jesús. Lazos de fe, lazos de esperanza; lazos de amor, de fraternidad, de solidaridad, de armonía, de

concordia, de justicia y de paz.

“Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que algún hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda” (Mateo 5, 23-24)

En la Eucaristía, con la Eucaristía, y por la Eucaristía – presencia real de Jesús y de su sacrificio salvador entre nosotros -, la Iglesia – es decir, nosotros, los que hemos sido bautizados – se construye como comunidad de amor y de salvación, aquí y ahora, en el mundo, y para la Vida Eterna, la Vida futura con Dios, la Nueva Vida de Dios. Comunidad de amor y para el amor; comunidad de amor que se hace realidad en el servicio fraterno y en el perdón sin límites.

“Les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes” (Juan 13, 15)

“Amen a sus enemigos y rueguen por los que los persiguen, para que sean hijos de su Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos” (Mateo 5, 44-45)

- **LES DOY UN MANDAMIENTO NUEVO...**

“Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros.

Que como yo los he amado así se amen también ustedes los unos a los otros. En esto conocerán todos que son discípulos míos; si se tienen amor los unos a los otros”.
(Juan 13, 34-35).

Amarnos “como Jesús nos ama”, nada más, pero tampoco nada menos.

Y ¿cómo nos ama Jesús?

Jesús nos ama con un amor sin medida, con un amor sin límites. Jesús nos ama con un amor generoso, desinteresado, totalmente gratuito.

Jesús nos ama como sólo Dios, que es amor, puede amar: plenamente, sin condiciones, sin cálculos.

Jesús nos ama con un amor tierno y delicado, sencillo, humilde, cálido, profundo.

Jesús nos ama tanto que fue capaz de dar su vida en sacrificio por nosotros, sin esperar nada a cambio, sin exigirnos nada, sin pensar en nuestra correspondencia, aún a pesar nuestro.

- Amarnos “como Jesús nos ama” es:
 - no hacer distinción de ninguna clase entre las personas,
 - no excluir a nadie de nuestro amor, de nuestra compañía, de nuestro apoyo, de nuestra

solidaridad,
no tener preferencias,
no llamar buenos a unos y malos a otros.

- Amarnos “como Jesús nos ama” es:
amarnos con el corazón, con las entrañas, con la carne y con la sangre, con la vida, haciendo el amor palpable en obras, en hechos concretos, en actitudes definidas, en palabras sentidas.
- Amarnos “como Jesús nos ama” es:
compadecernos de quien sufre,
ayudar a quien necesita nuestra ayuda,
animar a quien está desanimado,
compartir nuestros bienes con quien no tiene nada.
- Amarnos “como Jesús nos ama” es:
dar nuestro apoyo a quien necesita fuerzas,
consolar al que está triste,
trabajar por el bienestar de todos.
- Amarnos “como Jesús nos ama” es:
decir palabras de ternura,
abrazar con cariño,
acariciar con delicadeza,
tener una actitud de comprensión en el momento propicio.
- Amarnos “como Jesús nos ama” es:
mirar a todos con bondad, con misericordia, con

respeto y atención, con
esperanza.

- Amarnos “como Jesús nos ama” es:
darnos a todos,
servir a todos,
sacrificarnos por todos,
ofrecernos a Dios por todos.

- Amarnos “como Jesús nos ama” es:
perdonar de corazón a quien nos ha ofendido,
a quien nos ha hecho daño,
a quien no nos ama,
a quien se declara nuestro enemigo.

- Amarnos “como Jesús nos ama” es:
ser para todos presencia viva y actuante de Dios
que ama a sus hijos y que quiere y busca, siempre
y en todo, nuestro bien.

¿Difícil?... ¡Claro que sí!... Pero no imposible.
Con Jesús Eucaristía en medio de nosotros, a nuestro
lado, en nuestro corazón y en nuestra vida, todo es
posible. Él es nuestra luz y nuestra fuerza.

SERVIR...

*“El que quiera llegar a ser grande entre ustedes, sea su
servidor, y el que quiera ser el primero entre ustedes, sea*

su esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos...” (Mateo 20, 26-28)

“El mayor entre ustedes sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve... Yo estoy en medio de ustedes como el que sirve” (Lucas 22, 26.27b)

Servir es amar con amor humilde, delicado, generoso, tierno, compasivo.

Servir es amar con un amor que va más allá de las simples palabras, a las obras concretas.

Servir es ver en el otro, el rostro de Jesús que llama, que necesita, que implora.

Servir es inclinarse frente al otro para descubrir sus necesidades, materiales y espirituales, sus dolores, sus anhelos, y atenderlos con prontitud.

Servir es reconocer las debilidades del otro, sus limitaciones y flaquezas, sin escandalizarse por ellas, para fortalecerlo.

Servir es hacerse sensible a las angustias y los fracasos del otro, para ayudarlo a enfrentarlos con dignidad y liberarlo de sus miedos.

Servir es orientar al otro por los caminos del amor y la reconciliación, de la fe y de la esperanza en Jesús, de la

justicia y de la paz con todos.

Servir es trabajar incansablemente por el bienestar del otro, por su desarrollo humano y por su crecimiento espiritual. No importa que no tenga nuestra misma sangre; no importa que no crea lo que nosotros creemos; no importa que no haga las cosas a nuestra manera; no importa que parezca que no lo merece.

Servir es dar al otro, a su persona, a sus necesidades, a sus problemas, a sus deseos, siempre el primer lugar, por encima de los propios.

Servir es hacer todo lo que esté a nuestro alcance para que el otro se sienta atendido, apoyado, estimulado, amado de verdad.

Servir es sentirse llamado a ser para el otro, presencia amorosa y activa de Jesús a su lado.

Servir es entregar la vida cada día, con generosidad, sin miedo, para que el otro, los otros, puedan vivir en plenitud, para que sean más, para que sean mejores, para que alcancen la felicidad que Dios Padre desea para todos.

Servir es colocarse en el último lugar, después de todos, para acompañar en él a Jesús que quiso ser siempre el último porque era el primero.

4. LA EUCARISTÍA, ESPERANZA DE VIDA ETERNA

Muchas veces y de muchas maneras habló Jesús a sus discípulos de la resurrección; de su propia resurrección y de nuestra resurrección; la resurrección y la Vida Eterna. Para recordarlo bastan algunos ejemplos:

*“No cuenten a nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos”
(Mateo 17, 9)*

“El Padre me ama, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre” (Juan 10, 17-18)

“Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?” (Juan 11, 25-26)

“No se extrañen de esto: llega la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y saldrán, y los que hayan hecho el bien, resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para una resurrección de Juicio” (Juan 5, 28-29).

“Porque esta es la Voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga Vida Eterna y yo lo resucite en el último día” (Juan 6, 40)

El fundamento de la resurrección - de nuestra resurrección – es la misma vida de Jesús. La vida que Jesús tiene, la vida que corre por sus venas, la Vida que Él es; que no es otra que la misma Vida de Dios, porque Él, Jesús, es Dios como su Padre; la Vida que Él entrega en la cruz, voluntariamente, por amor a nosotros; la Vida que nos da, la Vida que Él nos comunica:

“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga Vida Eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él” (Juan 3, 16-17)

“Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: ‘Dame de beber’, tú le habrías pedido a Él y Él te habría dado agua viva... El que beba del agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota hasta la Vida Eterna” (Juan 4, 10.14)

Una vida unida a su propia vida, que nace de ella, que crece de ella, vinculada íntimamente con ella:

“Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto; porque separados de mí no pueden hacer nada... Permanezcan en mi amor...” (Juan 15, 15a.9b.)

Una vida que se nutre de la misma vida de Jesús, porque

Él es su pan, su alimento, el Pan que da la vida:

*“Obren no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la Vida Eterna, el que les dará el Hijo del hombre, porque a este es a quien el Padre Dios ha marcado con su sello”
(Juan 6, 27)*

Cuando participamos en la celebración de la Eucaristía, cuando recibimos a Jesús en la Eucaristía, dignamente, amorosamente, convencidos de su presencia entre nosotros, de su amor por nosotros, de su bondad, de su salvación, de su poder de Dios; abiertos para acogerlo en nuestro corazón, para dejarnos guiar por Él, para que nos transforme, Él nos llena de sus dones y sus gracias y nos fortalece en la lucha contra el pecado que nos amenaza; entonces, nos hacemos criaturas nuevas, cada día más comprometidas con su persona, con sus enseñanzas, con su ejemplo de vida. Criaturas nuevas proyectadas a la Vida Eterna; nos lo dice San Pablo:

“Pues cada vez que coman de este pan y beban de esta copa, anunciarán la muerte del Señor hasta que vuelva” (1 Corintios 11, 26)

Jesús Eucaristía es promesa y garantía de una vida sin fin. Jesús Eucaristía es esperanza de Resurrección y de Vida Eterna con Dios; Él mismo lo dijo con toda claridad.

*“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene Vida Eterna y yo lo resucitaré en el último día”
(Juan 6, 54)*

Jesús Eucaristía es promesa, anuncio y garantía de una vida futura, nueva y feliz para todos; la vida que Jesús prometió en la cruz al buen ladrón (cf Lucas 23, 39-43).

“Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva – porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe. Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: ‘Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y Él, Dios-con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte, ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo ha pasado” (Apocalipsis 21, 1-4)

• **MARÍA, “MUJER EUCARÍSTICA”**

Ni los Evangelios, ni ningún otro libro del Nuevo Testamento, nos hablan de la presencia de María en la Última Cena, cuando Jesús instituyó la Eucaristía. Sin embargo, como nos dice el Papa en su Encíclica sobre la Eucaristía en relación con la Iglesia, María es una mujer plena y auténticamente “eucarística”, por su actitud de vida. Una vida de fe, de amor a Dios, y de servicio a los hermanos; una vida de apertura y entrega generosa y humilde a la Voluntad de Dios para con ella; una vida sencilla, alegre y pobre; una vida de oración y de acción

de gracias por todos los beneficios recibidos (cf. Juan Pablo II. La Eucaristía en relación con la Iglesia N. 53).

En lenguaje bíblico, María es la nueva “Arca de la Alianza” (cf. Éxodo 25, 10 y ss) en quien Dios mismo se hace carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, y se viene a vivir en nuestro mundo, en medio de nosotros, y entra a ser parte de nuestra historia. María es la nueva “Arca de la Alianza”, que “contiene”, que “guarda” en su interior un gran tesoro, el tesoro que Dios le ha confiado: Jesús, su Hijo encarnado, nuestro Señor y Salvador. María es la nueva “Arca de la Alianza” – el nuevo “santuario de Dios” - que va con nosotros, señalándonos el camino, acompañándonos a lo largo de nuestra vida en el mundo.

Todos los que están vinculados a nuestra Fundación, conocen el Santuario Hebrón, “ideado” por nuestro fundador el Padre León Domínguez Gómez, y que, con permiso de las autoridades eclesiológicas se ha instalado en diversos conventos y casas religiosas, como un santuario dedicado especialmente a la adoración de Jesús Eucaristía. Pues bien, este Santuario Hebrón, que representa a María sosteniendo en sus manos el mundo, que al “abrirlo” se transforma en custodia, y presenta a nuestra adoración a Jesús Eucaristía, representa maravillosamente esta característica que Juan Pablo II reconoce en María, y que – sin duda – expresa la visión que el Padre León tuvo de la Fundación y la misión a la que ella se dedica.

La espiritualidad de la Fundación y su labor en favor de

los enfermos y de los ancianos, sobre todo de los más pobres y necesitados, los preferidos de Jesús, está contenida en el Misterio de la Visitación de María a su prima Isabel, al que alude directamente la imagen de la Virgen de Hebrón.

Estimulada por las palabras del ángel Gabriel, que le da la noticia del embarazo “milagroso” de su prima Isabel, María sale presurosa de su casa y de su tierra y emprende un largo e incómodo viaje, desde Nazaret, en la región de Galilea, hasta Ain Karim en Judea, con el fin de visitarla; tal vez con el secreto deseo de compartir con ella, las maravillas que Dios ha realizado en su cuerpo y en su vida. Pero dejemos que sea el mismo evangelista quien nos cuente el suceso:

“En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías, y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la cintura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo, y dijo a voz en grito: ¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que venga a visitarme la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú que has creído, porque se cumplirá lo que te ha dicho el Señor!

*Y María dijo:
Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se
alegra en Dios mi Salvador,*

*porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava;
por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada,
porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre
y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen.
Desplegó la fuerza de su brazo,
dispersó a los que son soberbios en su propio corazón.
Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes.
A los hambrientos los colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada.
Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia,
como había anunciado a nuestros padres,
en favor de Abrahán y su linaje por los siglos.*

María permaneció con Isabel unos tres meses y se volvió a su casa” (Lucas 1, 39-56)

Con Jesús que ya empieza a crecer y a desarrollarse en su vientre, María es como un sagrario viviente. En ella y con ella, es Jesús mismo quien visita a Isabel, para compartir su inmensa alegría y para anunciarle que su venida, la venida del Mesías prometido por Dios y anunciado por los profetas como Salvador de los hombres, ya está próxima.

Ante la presencia de María y en ella de Jesús, los

corazones de Isabel y de su hijo en gestación, saltan de alegría; Isabel bendice a María, por el don que Dios le ha hecho, y María, jubilosa, exalta y agradece la obra de amor que Dios ha realizado en ella y con ella. Es esto, precisamente, lo que quiere comunicarnos la imagen de María, Nuestra Señora la Virgen de Hebrón, que sostiene en sus manos la custodia que contiene y expone a nuestra adoración a Jesús realmente presente en la hostia consagrada.

María es la “portadora” de Jesús, María nos “entrega” a Jesús. María hace posible que Jesús venga a nuestro mundo y nos salve. Con Jesús que se encarna en su cuerpo virginal, María permite que la Vida de Dios pueda volver a correr por nuestras venas, que podamos volver a llamarnos “hijos”, que podamos regresar a la casa paterna de la mano de nuestro hermano mayor: Jesús.

María es lo que la Fundación Francisco y Clara de Asís quiere ser para los enfermos y los ancianos de nuestra ciudad, cuando lleva a su lecho de dolor, a su soledad y a su sufrimiento, la presencia consoladora y reconfortante de Jesús Eucaristía, Jesús hecho Pan de Vida Eterna, Jesús Eucaristía fuente de salvación.

En nuestra Fundación se realiza perfectamente lo que el Papa proclama de María cuando le da el título de Mujer Eucarística. María es el modelo perfecto del cristiano seguidor de Jesús, que sabe aceptar y vivir la Voluntad de Dios en todas las circunstancias de su vida. María es la fiel sierva del Señor. María es la mujer creyente que hace de su fe un estilo de vida. María sabe reconocer,

aceptar y agradecer las gracias que Dios le ha dado, los dones que le ha confiado. María sabe comunicar a otros lo que en su corazón “sabe” de Dios, de su amor, de su bondad, de su justicia y santidad. María es el camino que nos conduce a Jesús, y en Él y por Él, a Dios.

Y no hay por qué dudarlo. Después de la resurrección de Jesús, cuando los apóstoles se reunían para recordarlo en la Fracción del Pan, como nos refiere el libro de los Hechos de los apóstoles, ella – María – los acompañaba, y en la Eucaristía volvía a recibir en su cuerpo a Aquel que había sido huésped suyo durante nueve maravillosos meses, en los que estuvo particularmente unida a Dios que la santificaba con su presencia.

Que Nuestra Señora de la Visitación, la Virgen de Hebrón, Patrona de la Fundación y de los enfermos que a ella acuden en busca de apoyo y de consuelo espiritual, abra nuestro corazón y nuestro entendimiento, para que podamos “gustar”, para que podamos “saborear” este maravilloso Misterio de Jesús hecho Pan de Vida, Pan para ser partido y compartido, Pan que nos reúne en una misma mesa y nos liga con los fuertes lazos del amor.

5. LA EUCARISTÍA: FUENTE Y CIMA DE LA VIDA CRISTIANA

Como lo dijimos anteriormente, la Iglesia nos enseña, en su magisterio, que la Eucaristía es “la fuente y culmen, de toda vida cristiana”. Lo proclamó el Concilio Vaticano II en su Constitución Dogmática “Lumen Gentium”, sobre la Iglesia, Luz de las gentes (N.11), y lo han repetido una y otra vez, desde entonces (1962), todos los Obispos del mundo y los tres Papas que la han orientado durante este tiempo: Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II.

- ← ¿Qué significa esta afirmación?
- ← ¿Qué nos dice hoy, a los cristianos católicos del tercer milenio?
- ← ¿A qué nos impulsa?
- ← ¿A qué nos compromete?

Las respuestas a estas preguntas son más claras de lo que a primera vista parecen. Claras, directas, muy profundas, y también muy motivadoras para todos nosotros, que tenemos como centro de nuestra vida y de nuestras actividades diarias, precisamente, a Jesús Eucaristía, Jesús hecho Pan de Vida Eterna.

En primer lugar, podemos decir, que afirmar que la Eucaristía es la fuente y el culmen, la cima, de la vida cristiana, no es otra cosa que señalar que de ella, de la Eucaristía, nace la vida cristiana y todo lo que ella comprende – el seguimiento fiel de Jesús -; de ella, de la Eucaristía – presencia real de Jesús en medio de

nosotros -, se alimenta, se nutre; en ella y con ella – celebrándola -, se fortalece; y, finalmente, a ella conduce, porque la máxima manifestación de nuestra fe en Jesús, de nuestro seguimiento de Jesús, es unirnos íntimamente a Él y a su propuesta de amor y de servicio, participando activamente en la Eucaristía, y recibéndolo en la Comunión, para luego proyectarlo al mundo, entregarlo al mundo, a las personas que comparten su vida con nosotros, en nuestro ser y en nuestro obrar.

Además, en la Eucaristía, que nos hace presente el Misterio Pascual de Jesús, el Misterio de su Vida, su Pasión, su Muerte y su Resurrección, está contenido y hecho realidad activa y operante, todo el amor de Dios por nosotros, su bondad, su generosidad, su misericordia y su perdón infinitos.

Ha transcurrido el tiempo; han pasado ya 2.000 años y algo más desde que Jesús nació en Belén de Judá, un pueblito pequeño, sin mayor importancia, y algunos años menos desde que murió en Jerusalén en el Calvario, y resucitó de entre los muertos, para no volver a morir. Han pasado 2.000 años, 20 siglos de historia, pero en y por la Eucaristía, Jesús sigue tan activo y presente en medio de nosotros, como lo estuvo entonces. Jesús sigue activo y presente en medio de nosotros con una presencia nueva que lo lleva a todos los rincones de la tierra, sin excepción; una presencia sacramental, una presencia real, tan verdadera como la que más; una presencia casi “palpable”, en cumplimiento de su promesa a los apóstoles, y en ellos a nosotros.

“Y he aquí que yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28, 20)

Jesús Eucaristía es el Dios-con nosotros, el Emmanuel, el Niño de Belén del tiempo de Navidad.

Jesús Eucaristía es el profeta milagroso de Nazaret, que hace que los ciegos vean, que los cojos anden, que los sordos oigan, que los muertos resuciten, que los oprimidos sean liberados, y que los pecadores sean perdonados (cfr. Lucas 4, 16-22).

Jesús Eucaristía es el rey de los judíos crucificado. El Crucificado, que resucitó de entre los muertos y se apareció a María Magdalena y a las otras mujeres, a los discípulos de Emaús, a Pedro y los demás, a Tomás, y a muchos de quienes lo habían seguido y escuchado.

Ahora somos nosotros quienes lo escuchamos y vivimos con Él. Ahora somos nosotros quienes somos curados y liberados de todos nuestros males por Él. Ahora somos nosotros quienes recibimos sus dones y sus gracias, cuando participamos en la Eucaristía y cuando nos acercamos a recibir su Cuerpo y su Sangre en la Comunión.

Jesús Eucaristía es Dios con nosotros y para nosotros, los hombres y mujeres del tercer milenio de la historia cristiana. Dios que nos ama, Dios que nos salva, Dios que nos guía, Dios que nos muestra el camino, Dios que nos enseña a hacer el bien.

Jesús Eucaristía es Dios que viene a vivir a nuestro mundo, con nosotros, a nuestro lado, en la intimidad de nuestro corazón. Dios que se nos da, Dios que se nos entrega como Salvador; Dios que es para nosotros, prenda, garantía, de Vida Eterna y feliz.

Y si Jesús se nos da de una manera tan clara, tan directa, tan generosa, nosotros no tenemos más que abrirle las puertas de nuestro corazón y de nuestra vida, y acogerlo.

Acercarnos a recibirlo para dejarnos transformar por Él, para dejarnos moldear por Él, seguros como estamos, de que Él quiere siempre, y hace, nuestro bien.

Acercarnos a recibirlo, dejarnos penetrar por su amor sin límites, por su bondad sin límites, por su entrega sin límites, por su ternura sin límites, que nos transforman desde dentro de nosotros mismos, y hacernos con Él más amorosos, más limpios, más buenos, más acogedores, más sinceros, más honestos y más justos.

Como todos los sacramentos, la Eucaristía nos compromete muy profundamente con Dios, de quien lo hemos recibido todo, y con toda la comunidad cristiana de la cual formamos parte.

Nos compromete con Dios y con todos los hombres y mujeres del mundo, pero de un modo especial con quienes comparten su vida con nosotros, con quienes viven a nuestro lado, con quienes sufren a nuestro lado, con quienes necesitan de nuestro apoyo, de nuestra

ayuda, de nuestro servicio, de nuestro amor, de nuestra compañía.

La Eucaristía es el sacramento del amor, el sacramento del servicio, el sacramento que hace, que construye, la comunidad.

La Eucaristía es el sacramento que estrecha los lazos de amor entre los seres humanos.

La Eucaristía es el sacramento que reúne “bajo el mismo techo”, la familia de Dios, el sacramento de la fraternidad, el sacramento de la solidaridad.

La Eucaristía es el sacramento que le da a la Iglesia su vocación de universalidad, el sacramento que sella su misión de servicio a la humanidad entera, y especialmente a los más pobres y débiles de la sociedad, por una u otra razón, que son los preferidos de Jesús, como consta claramente en el Evangelio.

La Eucaristía, Jesús realmente presente en el Pan y el Vino consagrados por el sacerdote, es Dios mismo amándonos y enseñándonos a amar con un amor tan limpio y claro, tan profundo y fuerte, tan generoso y sincero como el suyo.

En la Eucaristía, con ella y por ella, nuestra vida cristiana que es esencialmente vida en el amor – amor a Dios y amor a los demás -, llega a ser lo que tiene que ser, lo que está destinada a ser: realización perfecta de la vida humana.

“Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada soy.

El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe; el amor es decoroso, no busca su interés; no se irrita, no toma en cuenta el mal; el amor no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. El amor todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo soporta.

El amor no acaba nunca” (1 Corintios 13, 1-8)

• EL DOMINGO, DÍA DEL SEÑOR

El domingo, el día que comienza la semana – de los cristianos católicos – es el Día del Señor. Un día especial para celebrar de manera reiterativa y siempre nueva, el gran acontecimiento de la Resurrección de Jesús.

La Sagrada Escritura nos cuenta, en diversos libros y pasajes, que los israelitas santificaban, es decir, dedicaban a Dios el día sábado, que era para ellos el séptimo y último día de la semana, y así cumplían el

precepto que Él mismo había dado a Moisés, como uno de los Diez Mandamientos:

“Habló Dios a Moisés: ‘Habla tú a los israelitas y diles: No dejen de guardar mis sábados; porque el sábado es una señal entre Yo y ustedes, de generación en generación, para que sepan que Yo, Yahvé, soy el que los santificó. Guarden el sábado porque es sagrado... Seis días se trabajará; pero el día séptimo será día de descanso completo, consagrado a Dios... Será entre Yo y los israelitas una señal perpetua; pues en seis días hizo Dios los cielos y la tierra, y el día séptimo descansó y tomó respiro” (Éxodo 31, 12-14^a.15b.17).

Era tan importante para los israelitas este mandamiento, que a lo largo del tiempo se fueron implementando multitud de normas para hacer más preciso su cumplimiento; sin embargo, por esas cosas que tiene la vida y que no sabemos por qué suceden, se llegó hasta tal punto en este proceso, que el precepto sabático perdió su verdadero sentido: honrar a Dios como Creador del universo y Padre y Señor del hombre y la mujer, con la oración y con el descanso que repone las fuerzas, y se convirtió en un verdadero problema por la multitud de exigencias que planteaba.

Los Evangelios nos refieren en diversos pasajes las pretensiones de los fariseos y de los maestros de la ley respecto de este mandamiento, y también la actitud de Jesús, que insistía en la necesidad de respetar el espíritu

de la ley, sin caer en la dictadura de la letra, que ahoga la buena intención del legislador.

“En aquel tiempo cruzaba Jesús un sábado por los sembrados. Y sus discípulos sintieron hambre y se pusieron a arrancar espigas y a comerlas. Al verlo los fariseos, le dijeron: - Mira tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado. Pero Él les dijo: -¿No han leído lo que hizo David cuando sintió hambre él y los que lo acompañaban, cómo entró en la casa de Dios y comieron los panes de la Presencia, que no le era lícito comer ni a él, ni a sus compañeros, sino sólo a los sacerdotes? ¿Tampoco han leído en la ley que en día de sábado los sacerdotes, en el templo, quebrantan el sábado sin incurrir en culpa? Pues yo les digo que hay aquí algo mayor que el templo... Porque el Hijo del hombre es Señor del sábado” (Mateo 12, 1-6.8)

Jesús murió el viernes, y resucitó, según nos lo refieren los Evangelios, “el primer día de la semana”, es decir, el domingo:

“Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago, y Salomé, compraron aromas para ir a embalsamarlo. Y muy de madrugada, el primer día de la semana, a la salida del sol, van al sepulcro. Se decían unas a otras: “¿Quién nos retirará la piedra de la puerta del sepulcro?”. Y levantando los ojos ven que la piedra estaba ya retirada; y eso que era muy grande. Y entrando en el sepulcro

vieron a un joven sentado en el lado derecho, vestido con una túnica blanca, y se asustaron. Pero él les dice: “No se asusten. Buscan a Jesús de Nazaret, el crucificado: ha resucitado, no está aquí. Vean el lugar donde lo pusieron. Pero vayan a decir a sus discípulos y a Pedro, que irá delante de ustedes a Galilea; allí lo verán como les dijo”. Ellas salieron corriendo del sepulcro, pues un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas, y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo...” (Marcos 16, 1-8.)

A partir de entonces – el acontecimiento de la resurrección de Jesús -, los cristianos, sus seguidores, santificamos el domingo como “Día del Señor”, con la participación en la Eucaristía – la Cena del Señor -, unidos en comunidad fraterna, y con el descanso de nuestras obligaciones laborales, que nos permite recobrar las fuerzas que hemos perdido en el ajetreo de toda la semana, y también fortalecer los lazos de amor y de amistad con quienes comparten su vida con nosotros. Precisamente, en este Año de la Eucaristía, el Papa y la Iglesia quieren que revaloricemos y revitalicemos la Eucaristía dominical, como eje de nuestra vida cristiana.

En el siglo II, Ignacio de Antioquía, obispo de la Iglesia y mártir de la fe, afirmó con claridad y contundencia, que ser cristiano es “vivir conforme al domingo”. Y unos años más adelante, el mártir Justino describió vivamente la celebración dominical con estas palabras:

“Y el domingo teníamos todos juntos la Asamblea,

porque es el día primero en el que Dios creó el mundo, cambiando las tinieblas y la materia primera; y porque Jesucristo, nuestro Redentor, resucitó este día de entre los muertos” (San Justino, citado por el Catecismo Alemán, página 377).

“El día que se llama del sol, todos, vivan en la ciudad o en el campo, se reúnen en un mismo lugar. Allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, las memorias de los apóstoles, y los escritos de los profetas. Luego, cuando el lector termina, el presidente de la Palabra hace una exhortación e invitación a que imitemos estos bellos ejemplos. Entonces nos levantamos todos a una y elevamos nuestras plegarias. Cuando se terminan, como ya dijimos, se ofrece pan y vino y agua, y el presidente, de acuerdo con sus fuerzas, eleva a Dios sus plegarias y eucaristías, y todo el pueblo aclama: “Amén”. Viene a continuación la distribución y participación de los alimentos eucaristizados, y su envío, por medio de los diáconos, a los ausentes. Los que tienen bienes y quieren, cada uno según su libre determinación, dan lo que bien les parece, y lo recogido se entrega al presidente, y él socorre con ello a huérfanos y viudas, y a los que por enfermedad o por otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los forasteros de paso. En una palabra, él se constituye en previsor de cuantos se hallan en necesidad” (San Justino a su comunidad. Apología 67. Citado por Dionisio

Borobio en "Eucaristía para el pueblo". Desclé de Brower. Bilbao, 1981)

Esta descripción se ajusta perfectamente con lo que el Papa quiere que el domingo sea para nosotros, los católicos del tercer milenio:

- Día de descanso de nuestras ocupaciones habituales,
- Y también y muy especialmente, día para comunicarnos con Dios de una manera especial, mediante la participación en la Eucaristía, fiesta de los hijos de Dios, renovación sacramental del sacrificio salvador de Jesús.

Santificar el domingo con la celebración de la Eucaristía – la Asamblea, según palabras de San Justino y de su época -, es la mejor forma de hacerlo, la más clara, la más profunda, la que le es propia.

La Eucaristía dominical es la celebración más importante de la vida cristiana individual y también de la vida de una comunidad de creyentes. En la Eucaristía dominical se "actualiza", es decir, se hace de nuevo presente para nosotros – personas individuales y personas unidas en comunidad -, el Misterio Pascual de Jesús, su muerte y su resurrección gloriosas, que nos dieron la salvación.

Por otra parte, descansar con la familia y con los amigos, para estrechar los lazos de amor que nos unen y también para recuperar las fuerzas físicas, psicológicas y espirituales que necesitamos en nuestro diario vivir, es

una buena manera de unirnos al “descanso de Dios” y agradecerle su creación, el mundo en el que vivimos, lleno de belleza y armonía, y también nuestra propia existencia que es participación de la suya.

EL DOMINGO ES UN DÍA PARA...

El domingo es un día especial para levantarnos contentos y agradecidos con Dios por lo que somos y lo que tenemos.

Un día para cantar, para reír, para celebrar la fiesta de la vida.

Un día para renovar nuestra fe y nuestra esperanza.

El domingo es un día especial para compartir con la familia: el esposo y la esposa, los padres y los hijos, los hermanos y las hermanas...

Un día para reforzar los lazos de amor que nos unen.

Un día para visitar a los abuelos, para festejar a los niños, para renovar la amistad.

El domingo es un día especial para pensar cosas bonitas, agradables, buenas.

Un día para dejar de lado el trabajo y los compromisos laborales de la semana, para reponer las fuerzas físicas y síquicas.

Un día para buscar el contacto con la naturaleza que limpia el cuerpo y el alma.

El domingo es un día especial para alimentar el espíritu.

Un día para leer un buen libro.

Un día para conversar con las personas cercanas de temas gratos al corazón.

El domingo es un día especial para elevar el corazón a Dios, de quien procedemos y a quien iremos.

Un día para alabarlo, para bendecirlo, para darle gracias por su amor y su bondad.

Un día para profundizar nuestra relación de intimidad con Él.

El domingo es un día especial para vivir la fe y la esperanza.

Un día para descubrir a Dios en todo lo que vemos.

Un día para desear que llegue el tiempo en el que podamos mirarlo “cara a cara”.

El domingo es un día especial para vivir el amor a los hermanos.

Un día para abrazar a un amigo olvidado.

Un día para atender las necesidades de los más pobres y débiles.

El domingo es un día especial para decir a todos, con entusiasmo y alegría, que creemos en Jesús, que lo amamos con todo el corazón, y que queremos seguirlo siempre y en todo, cuéstenos lo que nos cueste.

El domingo es un día especial para proclamar que nuestra más grande felicidad es Dios mismo.

El domingo es un día especial para vivir nuestra fe a

plenitud, individual y comunitariamente.

El domingo es un día especial para dar gracias a Dios, con todo el corazón, por haber enviado a su Hijo Jesús al mundo, para que fuera nuestro Redentor, y por haberlo resucitado de entre los muertos. Una verdad que llena nuestro corazón de esperanza.

6. VIVIR LA EUCARISTÍA EN LA VIDA COTIDIANA

Participar en la Celebración Eucarística – que es la celebración del Misterio Pascual de Jesús: su Pasión, su Muerte y su gloriosa Resurrección de entre los muertos – acercarnos a recibir a Jesús en la Comunión, o acogerlo cuando nos visita en nuestra propia casa por nuestra imposibilidad de desplazarnos al templo, no es, ni mucho menos, un simple acto de piedad, comparable con otros, como por ejemplo hacer un altar, encender una vela a un santo, rezar el Rosario, participar en una procesión, escuchar un sermón, en fin. Todas estas prácticas religiosas, por muy importantes que nos parezcan, y por muy solemnemente que las realicemos, son infinitamente más pequeñas que la Eucaristía, porque la Eucaristía es la Acción Litúrgica por excelencia, la renovación de la entrega de Jesús al Padre – en sacrificio – por nuestra salvación, y por lo tanto, el modo más excelso de realizar, de estrechar, nuestra relación con Dios y nuestra relación con los demás hombres y mujeres, nuestros hermanos.

Participar en la Celebración Eucarística, acercarnos a recibir a Jesús en la Comunión, o acogerlo cuando nos visita en nuestra propia casa por nuestra imposibilidad de desplazarnos al templo, son actos que nos comprometen por entero, totalmente; comprometen nuestra persona y nuestra vida, lo que somos y lo que hacemos, nuestro ser y nuestro quehacer, lo que pensamos, lo que decimos, lo que deseamos, lo que hacemos; actos en y

por los cuales sellamos un pacto, una alianza con Dios, un compromiso de vida y para la vida; un compromiso que no podemos romper, si queremos permanecer siendo fieles a Dios, que es a su vez, absolutamente fiel con nosotros, y cumple al pie de la letra todas sus promesas a los hombres.

Y es que la Eucaristía, el sacramento de la Eucaristía es un encuentro frente a frente, cara a cara, con Jesús muerto y resucitado. Un encuentro íntimo y profundo, el más íntimo y profundo que pueda existir, el más íntimo y profundo que podamos tener; un encuentro en el que Jesús se nos da plenamente, se nos entrega íntegramente, con todo lo que Él es, como Dios y como hombre; nos entrega su ser de Hijo de Dios, su vida, su amor, su bondad, su verdad, su belleza, su justicia y santidad, para que ellos nos llenen, para que nos transformen desde dentro de nosotros mismos, y así, cada día seamos mejores personas, más parecidos a Él, y realicemos lo que Dios quiso que fuéramos desde el mismo momento en el que nos creó, a “imagen y semejanza” suya (cf. Génesis 1, 27).

En la Eucaristía y por ella, Jesús viene a vivir con nosotros, “dentro” de nosotros, en nuestro corazón, que es el centro mismo de nuestra persona, y desde allí, desde nuestra propia intimidad, nos ama con un amor inigualable, nos fortalece con sus dones y sus gracias que sólo Él puede comunicarnos, y nos conduce por el camino del bien, el mismo camino que Él siguió a lo largo de su vida en el mundo y que lo llevó a su encuentro definitivo y glorioso con Dios, su Padre.

En la Eucaristía, Jesús se nos da plenamente, enteramente, y a la vez nos toma, nos recibe, abre sus brazos para acogernos, para abrazarnos, para “meternos” dentro de sí, en su propio corazón de Hijo de Dios, y allí amarnos con un amor cada vez más grande y más verdadero, con un amor cada vez más “amoroso”, más tierno y delicado, más profundo, más integral, con un amor que une.

Siendo así, es pues, perfectamente claro que, acercarnos a este sacramento – participar en la Misa, acercarnos a recibir a Jesús en la Comunión, o acogerlo cuando nos visita en nuestra propia casa por nuestra imposibilidad de desplazarnos al templo, exige de nosotros, en primer lugar, una profunda disposición interior, que nos permita acoger su presencia maravillosa, con todo lo que esa presencia significa, los dones y las gracias que nos comunica, que no tienen otro objetivo que hacer de nosotros, de cada uno por separado y también de todos unidos en un solo cuerpo, en una sola familia, “otro Cristo”, enteramente comprometidos – como Él -, con Dios y con los hermanos; abiertos y comprometidos con el Reino de Dios, que no es otra cosa que la “soberanía” de Dios, el “reinado” de Dios, en nuestro corazón y en nuestra vida; la “soberanía”, el “reinado” de Dios en cada hombre y en cada mujer; la “soberanía”, el “reinado” de Dios en el mundo entero.

Comprometidos con el Reino de Dios y su anuncio, por la fe y por el amor; comprometidos con la verdad y con la justicia; abiertos, acogedores, dóciles, disponibles,

generosos. Tanto, que eso sea lo único que cuente verdaderamente en nuestra vida, y que todo lo que hagamos cada día, en nuestra cotidianidad, en nuestra rutina, esté perfectamente orientado a ello; sin olvidar, claro está, que como criaturas somos débiles y frágiles, y que muchas veces no conseguimos hacer las cosas tan bien como las tenemos planeadas, tan perfectas como quisiéramos hacerlas, porque el pecado – la inclinación al mal -, es un elemento propio de nuestra condición humana, limitada, y misteriosamente, no sabemos cómo, nos lleva por otros caminos. Nos lo dice San Pablo hablando de sí mismo:

“Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco;... en realidad yo no soy quien obra, sino el pecado que habita en mí (Romanos 7, 15.17)

Disposición interior, del corazón, de la mente, de la voluntad; querer, buscar, desear profundamente, prepararnos espiritualmente para recibir a Jesús que viene a compartir con nosotros su vida y a acompañarnos en la nuestra, y también disposición exterior, del cuerpo, porque los seres humanos somos una unidad, cuerpo y alma están integrados perfectamente, no puede existir el uno sin el otro – al menos en esta forma de vida que tenemos ahora, en el mundo -. El exterior refleja, de alguna manera, el interior; lo que somos por fuera, lo que los demás ven de nosotros, es, en buena parte, reflejo de nuestra intimidad, de nuestro yo más profundo. Cada uno puede entenderlo

con claridad. No se trata simplemente de las apariencias – la calidad del vestido, la presentación exterior, la belleza física -, sino ante todo de las “actitudes” que nacen dentro, que tienen su raíz en el corazón y dan fuerza a cada una de las cosas que hacemos y decimos; sencillez, humildad, modestia, delicadeza...

Disposición interior y disposición exterior, alma y cuerpo caminando juntos, para el mismo lado, con los ojos puestos en un mismo objetivo: alcanzar la plenitud de nuestra humanidad en el contacto personal con Jesús que nos “diviniza” con su presencia, por encima de nuestras limitaciones y fragilidades.

Disposición interior y disposición exterior, limpios de todo pecado grave, conscientes de lo que vamos a hacer o estamos haciendo, deseosos de unirnos a Jesús para ser cada día mejores personas; estar dignamente dispuestos, correctamente vestidos y aseados – cada uno según sus circunstancias y sus posibilidades -, en actitud reverente y humilde, alegre y sencilla.

Y cuando ya lo hemos recibido, vivir de tal manera, actuar de tal modo, que todos los que nos vean puedan sentir que somos diferentes, que nos estamos haciendo diferentes, porque ya no somos nosotros solos, no estamos solos, sino que, como dice san Pablo, es Cristo mismo, el Hijo de Dios, y Dios como su Padre, quien vive en nosotros (cf. Gálatas 2, 20), y ama con nuestro propio corazón.

Participar en la Celebración Eucarística y recibir a Jesús

en la Comunión, tiene que llevarnos – indefectiblemente – a constituirnos en “imagen” suya, “reflejo” suyo, delante de los demás, como Él mismo es reflejo de su Padre de quien procede, un “Evangelio viviente”, una Buena Noticia para todos, una Noticia de Amor y de Perdón, de Salvación y de Vida Eterna.

Cuando participamos en la Eucaristía y recibimos a Jesús en la Comunión, dispuestos interior y exteriormente, como tiene que ser, nuestra vida entera adquiere un valor nuevo, un sentido nuevo, más grande, más profundo, más verdadero, más propio.

No se trata – ni mucho menos – de que la Eucaristía nos “capacite” para hacer cosas extraordinarias, sorprendentes, milagrosas, que “dejen con la boca abierta” a quienes nos ven, a quienes comparten su vida con nosotros. Todo lo contrario, se trata de que con Jesús en nuestro corazón, con Jesús como centro de nuestro ser y de nuestro obrar, todo lo ordinario, lo cotidiano, lo común y corriente, lo que aparentemente no tiene mayor importancia, se revaloriza por su amor y su bondad; Jesús lo “limpia” todo, lo transforma todo, lo llena todo de vida, lo renueva todo, lo enriquece todo. Cuando nos dejamos moldear por Él, cuando nos dejamos llevar por Él, Jesús Eucaristía hace nuevas todas las cosas... incluyendo nuestro propio corazón.

Vivir la Eucaristía en la vida cotidiana es permitir a Jesús llegar hasta los rincones más escondidos de nuestra persona y de nuestra vida, para que Él los ilumine con su luz, y así nos hagamos con Él y por Él, “luz del mundo y

sal de la tierra” (cf. Mateo 5, 13-14)

Vivir la Eucaristía en la vida cotidiana es dejarnos llenar de su amor, de su bondad, de su generosidad... dejarnos llenar, dejarnos empapar, dejarnos penetrar... para luego “darlo”, “comunicarlo” – en su nombre – a quienes necesitan de nuestra ayuda, de nuestra compañía, de nuestro apoyo incondicional, de nuestro amor generoso y valiente.

Vivir la Eucaristía en la vida cotidiana es dejar que ese Jesús que se hace nuestro alimento, aparezca de alguna manera en todas y cada una de nuestras obras; que ame a los otros desde nuestro propio corazón, que sirva a los otros con nuestras manos, que mire a los otros con nuestros ojos claros y limpios, que abrace con nosotros y a través de nosotros, que bendiga con nuestros labios, que camine con nosotros y vaya donde nosotros vamos...

No podemos reducir la Eucaristía a un tiempo o a una acción determinados, como el momento de su celebración, o el momento en el que recibimos la hostia consagrada y algunos minutos más. Ella, como todos los sacramentos, es mucho más que eso, mucho más que unos cuantos minutos o unos cuantos segundos. Para los cristianos bautizados, conscientes de lo que el Bautismo significa, la Eucaristía es la vida entera - . Desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, y nuevamente volvemos a levantarnos -; la vida entera con todo lo que ella implica, con todo lo que ella supone, con todo lo que ella comprende; la vida entera vivida desde y

con Jesús, en el Espíritu Santo. La vida entera vivida con Jesús, en unión íntima con Él, desde su propio corazón, reflejándolo, dándolo, comunicándolo en cada una de nuestras acciones, especialmente de aquellas que tienen relación directa con los otros; porque la Eucaristía como la fe, sólo puede vivirse desde, en, y para la comunidad. Desde, en, para, y con la Iglesia, familia de Dios, comunidad de salvación.

COMULGAR...

Comulgar **no es** recibir en la lengua - o en la mano – un trozo de pan insípido, sin olor ni sabor,
porque ya se tiene edad para hacerlo,
porque es la costumbre,
porque todos lo hacen,
o porque es “bueno”.

Comulgar **es** recibir en la lengua – o en la mano – un trozo del pan más “gustoso y sabroso” que existe,
porque nos nace de dentro, del corazón,
porque lo necesitamos para vivir como necesitamos el aire que respiramos,
porque ese “pan” nos “alimenta”, nos “nutre”,
porque queremos vivir en plenitud.

Comulgar **no es** repetir, más o menos frecuentemente, un gesto, una acción rutinaria, vacía de sentido,
porque hay que tener a Dios de nuestro lado,

porque así damos una buena impresión a los demás,
porque si no lo hacemos “cometemos pecado”,
porque está “in”,
o simplemente porque nos “gusta”.

Comulgar **es** el gesto, la acción, que tiene más sentido de cuantas podamos realizar,

el gesto, la acción, que da sentido pleno a todo lo demás que hagamos en la vida,
porque nos une vitalmente con Dios, nuestro Padre y Señor, en la persona de Jesús, su Hijo;
porque nos fortalece espiritualmente y nos capacita interiormente para luchar contra el mal con todas nuestras fuerzas,
porque hace crecer nuestra fe,
porque nos comunica la paz.

Comulgar, recibir a Jesús Eucaristía, **es** entregarle a Dios nuestra vida como Jesús le entregó la suya, por amor, para salvarnos.

Comulgar, recibir a Jesús Eucaristía, **es** identificarnos con Él, con su persona, con lo que hizo y con lo que dijo, asumir en nuestra vida, en nuestra carne y en nuestra sangre, en nuestra alma, en todo lo que hacemos, la vida de Jesús, sus enseñanzas, sus acciones y sus actitudes, su sufrimiento y su gozo, su pasión y su muerte salvadoras, y su gloriosa resurrección de entre los muertos, con todo lo que ello implica.

Comulgar, recibir a Jesús Eucaristía, **es** solidarizarnos como Él, con la angustia de la gente,
solidarizarnos con el dolor de quienes están enfermos,
solidarizarnos con la tristeza de quienes se sienten solos y abandonados,
solidarizarnos – echarnos encima como si fueran nuestros – los pecados de los otros,
entregarnos como se entregó Jesús al servicio de los más pobres y desamparados.

Comulgar, recibir a Jesús Eucaristía, **es** asumir, hacer propios, su amor por la gente, especialmente por los pobres y débiles;
su bondad con todos y para todo;
su compasión por los que sufren;
su capacidad para servir sin condiciones;
su capacidad de perdón total;
su humildad, su sencillez, su desprendimiento;
su honestidad, su sinceridad, su justicia;
su búsqueda incansable del bien y la verdad;
su lucha contra el mal y el pecado;
su valor, su fuerza, su entrega, para aceptar y vivir en todo y siempre, la Voluntad de Dios.

Comulgar, recibir a Jesús Eucaristía, **es** asumir, para hacer realidad en el mundo, hoy, todo lo que fue Jesús en su tiempo, en su país, entre su gente;
todo lo que quiere Dios que seamos nosotros en el aquí y el ahora que nos tocó vivir.

Comulgar, recibir a Jesús Eucaristía, **es** sellar un

compromiso con Dios Padre y con Él, con Jesús, un compromiso que ya no podremos deshacer jamás; el compromiso de empeñar todas nuestras fuerzas, todas nuestras capacidades, en el seguimiento fiel de Jesús, amando como Él amó, para ser cada vez con más claridad y perfección, presencia suya en el mundo, en medio de la gente, en todas las circunstancias.

Comulgar, recibir a Jesús Eucaristía, participar en la Misa, **es** ofrecernos a Dios, con Jesús y como Él, por los demás, para salvarnos y salvarlos.

• **PARA TENER EN CUENTA...**

1. Eucaristía y Confesión

Para acercarnos a recibir a Jesús en la Comunión debemos estar en gracia de Dios, es decir, libres de pecado grave. Sólo si hemos cometido pecado mortal tenemos que confesarnos antes de comulgar. Los pecados veniales o leves no impiden la Comunión. Esto lo decimos, porque hay personas que piensan que porque han pasado algunos días sin acercarse a comulgar, yo no pueden hacerlo sin antes confesarse, y este pensamiento los lleva a posponer innecesariamente su encuentro con Jesús Eucaristía, con el consiguiente perjuicio para su vida.

Si lo que se desea es estar mejor preparados para comulgar, basta con hacer un acto de perfecta contrición, antes de acercarnos al altar.

Pero tampoco hay que dejar de lado la Confesión. Acercarnos a recibir con frecuencia este sacramento, es importante para hacer que el pecado pierda lugar en nuestra vida y que Jesús se vaya apropiando de nuestro corazón. A medida que la presencia de Dios en nosotros crece, el pecado disminuye, porque no hay sitio para él, no puede habitar en el mismo lugar que Dios habita.

Jesús Eucaristía revive en nosotros la gracia bautismal, el don de Dios uno y trino, que tomó posesión de nuestra persona, cuando fuimos bautizados en su nombre.

2. La Comunión frecuente

Participar en la Celebración de la Eucaristía y comulgar con frecuencia, es una gracia que los cristianos católicos no podemos despreciar. La Comunión frecuente – varias veces en la semana, o todos los días si nos es posible – nos fortalece espiritualmente y nos ayuda a vivir con mayor conciencia nuestra fe en Jesús, y el Mandamiento del amor que nos dejó como herencia.

La Misa y la Comunión frecuentes nos alejan del pecado grave y también de los pecados leves que nos acosan por doquier. Es más fácil resistir la tentación cuando estamos unidos a Jesús que viene a nuestra vida y habita en nuestro corazón por este sacramento maravilloso.

3. Comulgar los primeros viernes

La Iglesia nos invita de manera especial a comulgar los primeros viernes de cada mes, como una práctica de piedad provechosa para nuestra vida cristiana.

Pero no se trata, de ninguna manera, de comulgar nueve primeros viernes y quedarnos tranquilos y confiados porque ya hicimos lo que nos tocaba hacer, y “ya nos ganamos la salvación eterna”, según la promesa de Jesús a Santa Margarita María de Alacoque. No es este - ¡ni mucho menos! – el objetivo de la práctica. El verdadero y único objetivo es que aprendamos a darle a la Eucaristía el lugar que le corresponde en nuestra vida cristiana, y que nos mantengamos en disposición de comulgar tan frecuentemente como nos sea posible, convencidos de que la Eucaristía es para nosotros verdadero alimento espiritual.

4. Prepararse para recibir la Comunión

Antes de acercarnos a comulgar debemos prepararnos consciente y delicadamente para lo que vamos a hacer. Que Jesús venga a nuestro corazón es una gracia especial que tenemos que saber acoger y aprovechar al máximo, y todos sabemos que cuando las cosas se planean bien y se preparan, resultan mejor que cuando esto no se hace.

Sin lugar a dudas, la mejor preparación para recibir a Jesús en la Comunión es, precisamente, participar desde el comienzo en la Celebración Eucarística, y hacerlo con

interés y devoción. La Estructura de la Misa está pensada para eso. Los Ritos iniciales y la Liturgia de la Palabra, anuncian y preparan el encuentro.

Los ancianos y enfermos que reciben la Comunión en sus casas, también deben prepararse con alguna oración especial, y participando activamente en el Rito que “celebra” el Sacerdote o el Ministro extraordinario de la Comunión que lleva hasta sus camas a Jesús.

5. Dar gracias después de comulgar

Después de la Comunión, cuando Jesús ha venido a nuestro corazón y a nuestra vida, es un tiempo privilegiado para la oración. Oración de alabanza, oración de acción de gracias, oración de petición y oración de intercesión.

Hay que aprovechar al máximo la intimidad con Jesús para decirle que lo amamos, que agradecemos su amor y su salvación, que deseamos servirle siempre y en todo, y que ponemos en sus manos nuestra vida entera, lo que somos y lo que tenemos, todas nuestras necesidades materiales y espirituales.

Es importante dedicar unos minutos, sin afanes, a “estar a solas” “con quien sabemos nos ama”, en la intimidad del corazón.

6. La Eucaristía dominical

Uno de los objetivos propuestos por el Papa, para este

Año de la Eucaristía, es, precisamente, revitalizar la Eucaristía de los domingos como el centro de nuestra vida de fe. El Papa quiere que todos los católicos volvamos a considerar, de verdad, el domingo, como el Día del Señor y para el Señor, y que sintamos que la mejor manera de unirnos a Dios y agradecerle su amor y su bondad para con nosotros, es participando activa y conscientemente en la Celebración de la Eucaristía – memorial del sacrificio de Jesús en la cruz -, y comulgando – si nos es posible – en ella.

La Eucaristía del domingo es luz que nos ilumina y fuerza que nos anima para vivir toda la semana en la órbita de Dios, según el Evangelio de Jesús.

Es muy importante - ¡importantísimo! – que los padres de familia – papá y mamá – enseñen a sus hijos la necesidad de cumplir con este precepto de la Iglesia, no simplemente porque “está mandado”, sino especialmente, y sobre todo, porque como ya vimos, la Eucaristía es la fuente y la cima de la vida cristiana auténtica, y del mismo modo que no puede haber un buen deportista sin un entrenamiento apropiado, tampoco puede haber un buen cristiano, un buen seguidor de Jesús, lejos de la práctica sacramental, y concretamente, lejos de la Eucaristía.

7. Participar adecuadamente en la Eucaristía

Participar en la Eucaristía no es simplemente estar ahí, como si fuéramos espectadores de una representación

teatral. Participar en la Eucaristía es, ante todo, mantener la mente y el corazón puestos en lo que se dice, en lo que se lee, en lo que se ora, en lo que sucede en el altar. Cantar cuando estamos invitados a cantar, responder a las oraciones del sacerdote, escuchar con atención la Palabra de Dios, intervenir cuando nos lo soliciten, ponernos de pie, sentarnos o arrodillarnos cuando nos lo indiquen. Y, muy especialmente, acercarnos a comulgar.

En la Misa no hay espectadores; tanto el sacerdote como los fieles somos actores del drama en el que Jesús que se ofrece al Padre, por nosotros, es el protagonista principal.

8. El ayuno eucarístico

Participar en la Eucaristía y acercarnos a comulgar exige de nosotros una buena disposición interior, un deseo profundo de hacerlo, una actitud espiritual de apertura y acogida, y también una actitud exterior conforme a la importancia de lo que estamos haciendo.

Parte de esta disposición interior y exterior, es el ayuno que la Iglesia nos pide guardar antes de comulgar, como una manera de unir nuestro cuerpo y nuestro espíritu, íntima y profundamente ligados entre sí, en la acción que vamos a realizar, y para destacar su valor muy por encima de todo lo material. Este ayuno consiste simplemente en no comer ni beber nada – sólo se puede beber agua -, una hora antes de comulgar. Las personas ancianas y las personas enfermas, sólo tiene que

guardar un ayuno de quince minutos. Los medicamentos, se pueden tomar en cualquier momento antes o después de comulgar, pero siempre pasados con agua.

Es importante anotar también, que cuando una persona requiere tomar un líquido que le ayude a tragar la hostia consagrada, ese líquido debe ser siempre agua.

9. Presentación exterior

Tan importante como el ayuno es la presentación personal y el vestido que llevamos cuando vamos a Misa y cuando nos acercamos a comulgar.

De la misma manera que cuando vamos a una fiesta como invitados o como anfitriones, nos vestimos de la mejor manera posible, para parecer agradables a los demás, cuando vamos a la iglesia debemos estar vestidos y arreglados de acuerdo con el lugar y con lo que en él se celebra. La modestia y la pulcritud son fundamentales en este sentido.

10. Visitas al Santísimo

El culto a Jesús Eucaristía no se reduce a la Misa y a la Comunión. También están las Visitas al Santísimo, Jesús que permanece en medio de nosotros y con nosotros, en el sagrario, y allí nos espera.

Orar delante del sagrario es, sin duda, una manera privilegiada de hacerlo, y debemos acudir a ella con más

frecuencia.

Si por las circunstancias de nuestra vida no nos queda fácil ir a una iglesia y ponernos de rodillas, delante del altar donde Jesús está presente bajo las especies del pan y del vino consagrados, podemos aprovechar el domingo e ir un tiempo antes de que comience la Celebración de la Eucaristía, o quedarnos un rato después de que ésta haya terminado. Será como estar con Jesús, de la misma manera que estuvieron con Él los apóstoles, admirando la sabiduría de sus palabras y viéndolo actuar amorosamente en favor de la gente que lo buscaba.

Y como con Jesús también opera “la larga distancia”, los ancianos y enfermos pueden unirse, desde su casa y desde su cama, a su amorosa presencia en el sagrario, elevando su pensamiento y su corazón a Él, diciéndole una y otra vez, una oración tan sencilla como esta: “Bendito y alabado sea Jesús en el Santísimo Sacramento del altar. Sea por siempre bendito y alabado”.

7. LOS ENFERMOS Y LA EUCARISTÍA

La enfermedad, la vejez y la muerte, son tres realidades propias de nuestra naturaleza humana; tres realidades de las que no está libre ninguno de nosotros, sea quien sea y haga lo que haga; tres realidades que tenemos que aprender a aceptar y a acoger, a medida que vayan llegando, con paciencia y buen ánimo, si no queremos dejarnos destruir por ellas, porque no tenemos manera de escaparnos.

No existe la manera de escapar de la enfermedad, de la vejez, ni mucho menos de la muerte - escapar definitivamente y para siempre -, pero sí existe la manera de afrontarlas, de vivirlas, de experimentarlas, de sentir su cercanía, sin miedo, con valentía, con los ojos y el corazón puestos más allá de lo que ellas mismas son, dándoles un sentido y un valor; un sentido y un valor muy superiores a lo que ellas tienen y son.

Vivirlas en la fe y con fe; vivirlas en la esperanza y con esperanza; vivirlas en el amor y con amor. Vivirlas convirtiéndolas en fuente de salvación y de Vida Eterna para nosotros mismos y para las personas cercanas y lejanas. Vivirlas unidos a la Pasión y a la Muerte de Jesús, nuestro Señor y Salvador, para, como Él y con Él, resucitar a una vida nueva, a una vida totalmente distinta a la que vivimos hoy, donde ya no habrá frío, ni llanto, ni dolor.

Es lo que nos dijo Juan Pablo II en su Mensaje para la Cuaresma de este año, palabras que el Papa ratificó

cada día – hasta su último aliento - con su propio ejemplo de vida:

“La vida del hombre es un don precioso que hay que amar y defender en cada fase. El mandamiento "No matarás", exige siempre el respeto y la promoción de la vida, desde su principio hasta su ocaso natural. Es un mandamiento que no pierde su vigencia ante la presencia de las enfermedades, y cuando el debilitamiento de las fuerzas reduce la autonomía del ser humano. Si el envejecimiento, con sus inevitables condicionamientos, es acogido serenamente a la luz de la fe, puede convertirse en una ocasión maravillosa para comprender y vivir el Misterio de la Cruz, que da un sentido completo a la existencia humana” (N.2).

Y es precisamente el Sacramento de la Eucaristía, el que nos abre esta maravillosa posibilidad. Si participar en la Celebración Eucarística y recibir a Jesús en la Comunión, es importante para nosotros cuando estamos bien, cuando gozamos de plena salud, cuando – al menos aparentemente – tenemos el control de nuestra vida, lo es mucho más cuando nos fallan las fuerzas físicas y las facultades intelectuales decaen. Cuando el cuerpo que somos ya no nos permite hacer lo que hacíamos antes. Cuando el espíritu que somos se siente fatigado y sin ánimos. Cuando cuerpo y alma están cansados y su debilidad nos vence. Porque Jesús Eucaristía es la Vida de nuestra vida y la razón de nuestra esperanza.

Los Evangelios nos hablan insistentemente del amor que Jesús tenía a los enfermos, la delicadeza con la que los trataba, y los milagros que hacía para devolver la salud a quienes se acercaban a Él y se lo pedían con humildad; curó ciegos, sordos, parálíticos, leprosos, esquizofrénicos, poseídos por el demonio, y hasta resucitó a tres personas que ya habían muerto a causa de sus enfermedades: la hija de Jairo (cf. Lucas 8, 40-56), el hijo de la viuda de Naím (cf. Lucas 7, 11-17), y Lázaro, el hermano de Marta y de María de Betania (cf. Juan 11, 1 ss). Un amor que sigue y seguirá vivo y actuante en medio de nosotros y para nosotros, 2.000 años después, y hasta el final de los tiempos.

Los milagros de Jesús son - como nos dice san Juan (cf. Juan 2, 11) – signos, señales, de lo que Dios hace en nosotros cuando nos acercamos a Él con fe, y ponemos en Él y en su amor toda nuestra confianza; y esto es, precisamente, lo que hacemos cuando recibimos a Jesús Eucaristía que llega hasta nuestra casa y a nuestra cama, como un regalo de Dios que nos ama infinitamente.

Jesús Eucaristía es para los ancianos y para los enfermos – y también, claro está, para los jóvenes y saludables – la presencia constante y muy cercana, del amor que Dios Padre siente por cada uno de nosotros. Un amor tan grande que es imposible describirlo; un amor tan profundo que es imposible llegar a sus raíces; un amor tan fuerte que no se deja vencer por nada ni por nadie.

Jesús Eucaristía es para los ancianos y para los enfermos, la presencia constante y muy cercana, del amor inmenso y maravilloso que Dios Padre siente por cada uno de nosotros. Un amor totalmente gratuito, que se da sin pedir nada a cambio. Un amor que no necesita razones para amar. Un amor tierno y delicado como el amor de una madre.

Jesús Eucaristía es para los ancianos y para los enfermos, la presencia constante y muy cercana, del amor de Dios que nos protege, que nos cuida, que cura todas nuestras enfermedades, que sana nuestras heridas, que nos llena de caricias y regalos.

Jesús Eucaristía es para los ancianos y para los enfermos, la presencia constante y muy cercana, del amor infinito de Dios que nos limpia, que nos salva, que nos libera de toda esclavitud.

Cuando recibimos la Comunión estando enfermos, con enfermedad grave o con los achaques que trae consigo la ancianidad, no vemos que sucedan acontecimientos extraordinarios – hechos milagrosos que puedan ser noticia en los periódicos o en la televisión -, pero sabemos, estamos perfectamente seguros, absolutamente convencidos, de que Jesús, Hijo de Dios, viene a nosotros, a nuestra vida, con todo su amor de Dios, con todo su poder de Dios, con toda su fuerza salvadora, con toda su justicia y su santidad, para llenarnos con su presencia y purificarnos con su bondad, en la última etapa de nuestra vida en el mundo, y de esta manera prepararnos para nuestro encuentro definitivo

con Dios, su Padre, cuando llegue la muerte, de modo que alcancemos con Él la verdadera Vida, la que no se acabará jamás.

Recibir a Jesús Eucaristía, dignamente, como tenemos que recibirlo, espiritual y físicamente preparados para hacerlo, con fe y con amor, unidos en nuestra enfermedad o en nuestra vejez, a los dolores de su Pasión y de su Muerte en la cruz, santifica nuestra vida y nuestra historia, y nos hace “dignos” – en la medida en que podemos serlo, por nuestra condición de pecadores – de la resurrección prometida por Él a quienes se alimenten de su Cuerpo y de su Sangre, Pan de Vida Eterna y Bebida de Salvación.

• LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Otro sacramento que es importante para quienes están sometidos a la prueba de la enfermedad o de la ancianidad, con sus múltiples achaques y limitaciones, es el Sacramento de la Unción de los enfermos, que la Iglesia, fiel a la misión que Jesús le confió, concede a quienes por razones de su edad o de su enfermedad, pueden estar próximos a la muerte. En la Carta del apóstol Santiago leemos:

“¿Está enfermo alguno de ustedes? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y lo unjan con óleo en nombre del Señor, y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, les serán

perdonados” (Santiago 5, 14-15).

- ¿Cómo se celebra el Sacramento de la Unción de los enfermos?

Los signos y las acciones simbólicas empleados en el Sacramento de la Unción de los enfermos, están íntimamente relacionados con las acciones de Jesús, cuando le llevaban un enfermo para que lo curara.

El sacerdote ora por el enfermo y lo unge – en la frente y en las manos – con el Óleo de los enfermos, que es aceite de oliva especialmente consagrado y bendecido por el Obispo para este sacramento, haciendo la señal de la cruz, mientras dice: *“Por esta santa unción, y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad”.*

El poder del Espíritu Santo, Espíritu de Jesús resucitado, unido a la fe del sacerdote, a la fe del enfermo y de sus familiares, y a la fe de toda la Iglesia, hace “eficaz” la acción y las palabras del sacerdote.

- ¿Quién puede recibir la Unción de los enfermos?

La Iglesia nos enseña que el Sacramento de la Unción de los enfermos no es – como muchos piensan -, única y exclusivamente para quienes están a punto de morir, y ya han entrado en agonía. Todo lo contrario; como es un sacramento que fortalece la vida, que comunica vida, el

tiempo oportuno para recibirlo es cuando el cristiano empieza a estar en peligro de muerte, ya sea por una enfermedad grave, una enfermedad larga, o simplemente por vejez.

Si un enfermo que recibió la Unción, recupera la salud – como sucede en muchos casos –, y pasado un tiempo vuelve a tener una recaída o una nueva enfermedad grave, puede y debe volver a recibirla. Además, en el curso de la misma enfermedad puede repetirse su celebración, si la enfermedad se agudiza. También es apropiado recibir la Unción de los enfermos antes de una cirugía importante.

- ¿Qué efectos especiales tiene el Sacramento de la Unción de los enfermos?

En primer lugar, el Sacramento de la Unción de los enfermos comunica a quien lo recibe, una gracia especial de consuelo, de paz y de ánimo, para ayudarlo a vencer las dificultades propias de su enfermedad, o de la fragilidad de la vejez. El sacramento da la salud del alma y puede también producir la salud del cuerpo, si esa es la Voluntad de Dios.

En segundo lugar, el Sacramento de la Unción de los enfermos perdona al enfermo sus pecados, si este no ha recibido el Sacramento de la Penitencia, por un motivo grave, como sería por ejemplo, la inconsciencia, la debilidad, la incapacidad para hablar, en fin.

Y en tercer lugar, permite al enfermo, unirse muy

íntimamente, con su enfermedad y con sus sufrimientos físicos y morales, a la Pasión y a la Muerte de Jesús. En este sentido, la enfermedad adquiere un valor nuevo que la supera, y se hace participación en la obra salvadora de Jesús, para bien del enfermo, de su familia, y de toda la Iglesia.

Además, el Sacramento de la Unción de los enfermos es una preparación inmediata para dar el paso definitivo de esta vida mortal y caduca, a la Vida Eterna, la Vida con Dios, en la Casa del Padre.

Como ocurre con todos los sacramentos, la Unción de los enfermos exige – en la medida de lo posible – deseo y disponibilidad interior para recibirlo. La gracia del sacramento obra en quien lo recibe, según esta disponibilidad y apertura a la acción amorosa de Dios.

Quienes están cerca de los ancianos y de los enfermos, deben tener muy presente la posibilidad de que quien está a su cuidado reciba este maravilloso regalo de Dios, ojalá con plena conciencia de lo que está recibiendo. No hay por qué posponerlo para el último momento, no tiene sentido.

SANTIFICAR EL DOLOR

La Cruz y la Resurrección de Jesús, vencieron definitivamente, de una vez y para siempre, el dolor que

hunde en el abismo sin fondo de la desesperanza, el dolor que destruye, que mata, que aniquila; le quitaron su fuerza negativa, su poder sin sentido, su veneno que amarga la existencia, y lo eliminaron de raíz, con todo lo que ello significa.

Con su dolorosa Pasión y su ignominiosa Muerte en la cruz, Jesús dio al sufrimiento físico y al sufrimiento espiritual, un nuevo sentido, un nuevo valor. Dejaron de ser una maldición, un castigo, una derrota, y se convirtieron en fuente de vida, de bendición y de esperanza.

No se trata – ni mucho menos – de que el dolor, el sufrimiento, sea valioso en sí mismo; no lo es, no puede serlo, porque esencialmente no es una cosa creada por Dios, y como tal Dios no la quiere, solamente la permite.

Dios no se alegra con nuestro dolor, con nuestro sufrimiento, sea cual sea; Él nos creó para que fuéramos felices siempre; fuimos nosotros, con el pecado, quienes introdujimos el dolor en el mundo por el abuso que hacemos de la libertad. Pero como Dios sabe sacar bienes de los males, cuando aceptamos el dolor, y lo vivimos con fe, seguros y confiados en su amor infinito por nosotros, y en su maravillosa bondad, su debilidad se transforma en fortaleza.

El dolor aceptado y vivido con fe, ofrecido con amor y con humildad, nos limpia interiormente, nos purifica, nos sana, y es también fuente de salvación para quienes comparten su vida con nosotros, nuestros amigos y

nuestros familiares.

Cuando unimos nuestro dolor, nuestro sufrimiento, cualquiera que sea – y la enfermedad y la vejez son momentos privilegiados para hacerlo –, repito, cuando unimos nuestros dolores y nuestros sufrimientos – grandes y pequeños – a los infinitos dolores físicos y espirituales de Jesús en su Pasión y en su Muerte en la cruz, y los ofrecemos a Dios Padre como tributo de amor y de entrega confiada a su Voluntad, Dios Padre acepta nuestra ofrenda y nos bendice, nos comunica su vida, nos cobija con la ternura de su amor que es siempre un amor creador y salvador.

Esta es, precisamente, la finalidad del sacramento de la Unción de los enfermos, y de la Eucaristía llevada hasta su cama: unir al anciano o al enfermo que los recibe con fe, con todas sus debilidades y todos los dolores y tristezas propios de la situación particular que vive, a Jesús Crucificado que entrega al Padre su vida, por la salvación del mundo; de esta manera la enfermedad y la vejez, con todo lo que las acompaña: fragilidad, debilidad, incapacidad, limitaciones de todo orden, abandono, soledad, frustración... son santificados, es decir, dejan de ser algo negativo, algo que disminuye, que separa, que margina, que empequeñece, para convertirse en algo positivo, enriquecedor, que hace crecer, que proyecta, que se sale de sí mismo, que va más allá, que trasciende, que engrandece.

No es que el dolor, el sufrimiento físico y el sufrimiento espiritual, dejen de ser lo que son, que cambien su

condición fundamental o dejen de existir. El dolor sigue doliendo igual, con la misma fuerza, con la misma insistencia, en el mismo lugar; el sufrimiento causa la misma pena, el mismo malestar; pero todo se “siente” de otra manera, se mira de otra manera, con otros ojos. La cruz de Jesús cambia la perspectiva. El amor de Dios lo ilumina todo con una luz nueva que lo embellece. La fuerza de la fe lo hace más liviano, más llevadero.

No es que el dolor, el sufrimiento físico y el sufrimiento espiritual, dejen de ser lo que son, que cambien su condición fundamental o dejen de existir. Es que Jesús resucitado es el principio de una nueva manera de mirar el mundo, de una nueva manera de ser y de obrar; de una nueva manera de existir, de una nueva manera de vivir y de amar, que llena el corazón de paz y de alegría.

ORACIÓN A JESÚS EUCARISTÍA

Estoy solo, Señor.
El silencio me rodea por todas partes.
Es un momento privilegiado para unirme a Ti,
y hacerte mi oración humilde y confiada.

Desde aquí, en mi soledad y mi silencio,
quiero alabarte y bendecirte, en el maravilloso Misterio
de la Eucaristía,
el Misterio de tu presencia verdadera y real,
en el Pan y en el Vino consagrados por las palabras del
sacerdote
y por la efusión de tu Espíritu Santo.

¡Hay tantas cosas que quisiera decirte,
pero no tengo palabras!
¡Es tan grande y sublime este Misterio tuyo,
que ante él, el silencio parece ser más elocuente!
Las palabras no vienen a mis labios;
mi corazón se sobrecoge y calla...

Jesús Eucaristía,
Dios encarnado, en el Pan y el Vino de la Cena...
¡Si los cristianos comprendiéramos lo que este regalo
tuyo significa!
¡Si al menos pudiéramos tener una a pequeña idea
de su inmensa grandeza,
de su profundidad, de su poder, de su fuerza!
¡Si la mente lograra entender aunque fuera un poquito!

¡Si el corazón pudiera sentir!...
¡Sentir, alabar, agradecer, gustar!...

¡Un Dios que se hace hombre, carne y sangre!
¡Carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre!
¡Un Dios – hombre que se hace pan y vino,
para ser comido y bebido como alimento!
¡Un Dios – hombre que da su vida,
su carne y su sangre,
su cuerpo y su alma,
su humanidad y su divinidad,
para alimentar la Vida de los hombres!

Jesús Eucaristía: yo te adoro y te amo.
Te adoro y te amo con todo mi corazón;
con toda mi mente;
con toda la intensidad de que soy capaz,
con todas mis fuerzas...

Jesús Eucaristía: yo te adoro y te amo
y quiero amarte más cada día de mi vida...
Amarte, bendecirte, alabarte y unirte a Ti,
en este maravilloso regalo de tu amor por nosotros.

Concédeme, Jesús Eucaristía,
la gracia de tenerte siempre cerca, a mi alcance;
de poder participar cada día en tu Banquete,
de poder recibirte dentro de mí y llenarme de Ti,
de poder visitarte en el Sagrario de cualquier iglesia y
hacerte compañía.

Obra en mí, Jesús, mi Pan de Vida.

Transfórmame por dentro como sólo Tú sabes hacerlo.
Comunícame tu amor y tu bondad,
dame tu vida;
tu vida que es la Vida,
la verdadera, la única, la que quiero vivir...

Obra en mí, Jesús, mi Pan de Vida...
Úneme a todos los hombres, mis hermanos,
para que, junto a ellos y con ellos,
sea signo viviente de tu amor por el mundo,
signo viviente de tu presencia salvadora en medio de
nosotros,
de tu Buena Noticia...

Obra en mí, Jesús, mi Pan de Vida...
Para que sea siempre testigo fiel de tu entrega, en la
cruz, ¡por amor!

UNA PALABRA FINAL...

Parodiando a San Ignacio de Loyola, cuando en los “Ejercicios Espirituales” habla de la oración, la meditación y la contemplación, podemos afirmar con plena certeza, que la Eucaristía es un sacramento para “gustar”, para “saborear”, un sacramento para “paladear”, un sacramento para “sentir en el corazón”, un sacramento para “deleitarnos”, un sacramento para “desear” y “buscar”, como el más agradable, el más succulento, el más exquisito y apetitoso manjar.

“Porque no el mucho saber harta y satisface el ánimo, mas el sentir y el gustar de las cosas internamente” (San Ignacio de Loyola. Ejercicios Espirituales. Anotaciones 2. Editorial Apostolado de la Prensa S.A., Madrid, 1962)

La Eucaristía es un Sacramento de Vida y para la Vida; un sacramento para celebrar con fe, con alegría, con esperanza; un sacramento para recibir con frecuencia, tanta como nos sea posible, en la mejor disposición, con todo el amor de nuestro corazón, con toda la generosidad de que seamos capaces, absolutamente convencidos de que en él y por él, Jesús nos comunica sus dones y sus gracias, los dones y gracias de la salvación, que se hacen efectivos en nosotros en la medida en que estemos abiertos a recibirlos y a acogerlos, y dispuestos a compartirlos con quienes viven cerca de nosotros, porque la Eucaristía es el Sacramento del Amor y la Unidad, el sacramento que crea y hace

crecer la comunidad de quienes creemos en Jesús, la familia de Dios, la Iglesia.

¿Cómo hacerlo? Simplemente dejándonos llevar por las hermosas palabras de Jesús en su Discurso del Pan de Vida, que nos presenta San Juan en el capítulo 6 de su Evangelio. Palabras llenas de bondad y de amor, palabras rebosantes de verdad, de fuerza y vitalidad. Y también por aquellas otras palabras pronunciadas por Él más adelante en su Última Cena de Pascua con los discípulos, en las horas previas al comienzo de su Pasión, con el corazón “roto” por el dolor de la traición y la certeza del gran sufrimiento que se aproximaba, pero también absolutamente seguro de lo que estaba haciendo y lo que iba a hacer: entregar su vida por amor era la Voluntad de Dios que quería respetar y acatar siempre y en todo; palabras dichas con gran emoción y cargadas de los más limpios y profundos sentimientos:

“Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed...

Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida...” (Juan 6, 35.55)

“Esto es mi cuerpo que es entregado por ustedes; hagan esto en recuerdo mío... Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por ustedes” (Lucas 22, 19-20)

No hay nada más qué decir... Nada para agregar... No hace falta... Jesús lo dice todo... maravillosamente,

perfectamente, amorosamente... Sólo nos queda contemplar... Contemplar el misterio infinito del amor de Dios por nosotros, del amor de Jesús por nosotros, y dar gracias... Recibirlo, abrir los brazos y el corazón para acogerlo, y agradecer... Una y mil veces agradecer... Nada más... Dios no necesita más... No desea más... Su amor por nosotros es tan grande que sólo le interesa dárse nos, entregárse nos... Y encontró la dos maneras especiales de hacerlo: primero la Encarnación y luego la Eucaristía...

Frente a tanta generosidad, ¿cuál es nuestra tarea?... Simplemente aceptar y acercarnos... Acercarnos... Ponernos de rodillas... Permitir que el Misterio del Amor de Dios nos inunde... nos bañe... nos penetre... nos invada... nos renueve... nos transforme... nos comunique su vitalidad... Nos fortalezca... nos imprima su sello indeleble...

Acercarnos... Ponernos de rodillas... Recibirlo en nuestro corazón y en nuestra vida... Dejar que Jesús Eucaristía sea Dios en nosotros... Permitir que su presencia nos señale nuevos caminos, nuevos propósitos, nuevas metas...

Acercarnos... Ponernos de rodillas... Recibirlo en nuestro corazón y en nuestra vida... Dejar que Jesús Eucaristía sea Dios en nosotros; que nos llene con su presencia misteriosa pero real; que imprima su imagen en el centro de nuestro corazón... que nos haga capaces de amar... de servir... de entregar la vida por amor... Como lo hizo Él...

Acercarnos... Ponernos de rodillas... Recibirlo en nuestro corazón y en nuestra vida... Dejar que Jesús Eucaristía sea Dios en nosotros; entregarle todo lo que somos y lo que no somos... lo que tenemos y lo que no tenemos... nuestra grandeza y nuestra miseria... nuestra fortaleza y nuestra debilidad... nuestros dones y nuestras carencias...

Acercarnos... Ponernos de rodillas... Recibirlo en nuestro corazón y en nuestra vida... Dejar que Jesús Eucaristía sea Dios en nosotros; que se haga dueño de nuestro cuerpo y de nuestra alma... que le dé sentido pleno a nuestro existir... que oriente todas y cada una de nuestras acciones... que colme de amor nuestras palabras... que ilumine nuestros pensamientos y nuestros deseos... nuestras ilusiones y nuestros anhelos...

Entonces seremos hombres y mujeres nuevos... Hombres y mujeres renovados, fortalecidos, iluminados... Hombres y mujeres fuertes en la debilidad, ricos en la pobreza, felices en medio del dolor, vencedores en la derrota. Hombres y mujeres que saben amar, que saben servir, que reconocen el poder de la verdad, que son capaces de entregarlo todo por la justicia, que construyen la paz. Hombres y mujeres que llevan, allí donde vayan, la presencia viva y amorosa de Jesús... Jesús que sana, Jesús que ama, Jesús que salva, Jesús que libera, Jesús que da la Vida..., la Resurrección y la Vida Eterna.

Y esto dará pleno sentido a nuestra vida, aunque estemos viejos y achacosos, o enfermos sin posibilidades de recuperación. Porque la Vida de Dios, la Vida que Jesús nos comunica en la Eucaristía, es una Vida muy superior a esta mera vida física, que un día terminará; entonces, nuestro ser se abrirá a la eterna y verdadera felicidad, la felicidad de los hijos de Dios, que salvados por su Hermano mayor, Jesús, regresan a la Casa del Padre.

ANEXO

CELEBRACIÓN LITÚRGICA DE LA EUCARISTÍA

Conocer cómo se desarrolla la Celebración Eucarística y el sentido, el significado de cada una de sus partes, de cada una de las acciones y palabras del sacerdote que la preside en nombre de Jesús, de cada una de las acciones y palabras de quienes participamos en ella, nos ayudará, sin duda, a vivirla con más conciencia e interés, más activa y fructuosamente – particularmente la Eucaristía dominical – como es el deseo del Papa y de toda la Iglesia. Veamos:

La celebración de la Eucaristía comprende dos grandes momentos que forman una unidad básica, un solo acto de culto. Estos dos momentos son:

1. La Liturgia de la Palabra, y
2. La Liturgia Eucarística propiamente dicha.

La **LITURGIA DE LA PALABRA** comprende:

- la Reunión de la asamblea,
- los Ritos iniciales,
- las Lecturas de la Palabra de Dios,
- la Homilía,
- El Credo, profesión de fe, y
- la Oración universal u oración de los fieles.

La **LITURGIA EUCARÍSTICA** comprende:

- la Presentación de los dones,

- la Acción de gracias consecratoria (que llamamos Consagración),
- la Comunión,
- los Ritos de despedida.

El modelo de la celebración de la Eucaristía es el banquete pascual de Jesús Resucitado con los discípulos de Emaús, según nos lo narra el Evangelio de San Lucas:

"Aquel mismo día iban dos discípulos a un pueblo llamado Emaús... y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado... Jesús se acercó y siguió con ellos... El les dijo: '¿De qué discuten entre ustedes?'... Uno de ellos le respondió... 'Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados lo condenaron a muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero... llevamos ya tres días de que esto pasó...' El les dijo: '¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?'. Y empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras.

Al acercarse al pueblo donde iban, él hizo además de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: 'Quédate con nosotros, porque

atardece y el día ya ha declinado'. Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció de su lado..." (Lucas 24, 13-35).

DESARROLLO DE LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

La celebración de la Eucaristía comienza con la reunión de todos los fieles que van a participar en ella, presididos por el Sacerdote celebrante, que actúa en nombre de Cristo; en nombre de Jesús que se ofrece a Dios Padre en sacrificio, para el perdón de nuestros pecados; de los pecados de toda la humanidad de antes, de ahora y de siempre. En la Misa se renueva el sacrificio expiatorio de Jesús en la cruz.

Los **RITOS INICIALES** nos introducen en la Celebración Eucarística, siendo parte de ella. Su finalidad es hacer que los fieles, convocados por Dios y reunidos en el nombre de Jesús, constituyamos una comunidad en la fe, y juntos nos dispongamos a escuchar la Palabra de Dios que ilumina nuestra vida, y a celebrar la Cena del Señor, en la que él mismo se nos da como alimento. Estos Ritos iniciales comprenden:

1. La **entrada** en procesión del sacerdote celebrante, al lugar de la celebración.
2. El **saludo** del sacerdote celebrante a la asamblea reunida, y la invocación de la presencia de Dios, en

medio de los fieles.

SACERDOTE: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...

ASAMBLEA: Amén.

SACERDOTE: La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo esté con todos ustedes.

3. La **Confesión** general de los pecados, con el **Acto de contrición**, que todos – sacerdote y fieles - rezamos juntos. Reconocemos que somos pecadores y que necesitamos convertirnos, pedimos perdón a Dios y a toda la comunidad por nuestros pecados, y hacemos el propósito firme de cambiar, de mejorar nuestro modo de proceder, de convertirnos, para agradar a Dios. Así nos disponemos interiormente para el encuentro con el Señor.

SACERDOTE: Hermanos: antes de celebrar los sagrados misterios, reconozcamos nuestros pecados. (Pausa)

TODOS: Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante ustedes hermanos...

SACERDOTE: Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la Vida Eterna.

ASAMBLEA: Amén

4. El **Señor ten piedad**, que se entiende – en primer lugar -como una invocación penitencial de la misericordia de Dios; y en segundo, como una alabanza y un

reconocimiento de Jesús como el Hijo de Dios, su Enviado, su Ungido, y nuestro Señor y Salvador, vencedor de la muerte y el pecado; puede cantarse o simplemente recitarse de modo responsorial.

SACERDOTE: Señor, ten piedad.

ASAMBLEA: Señor, ten piedad.

SACERDOTE: Cristo, ten piedad.

ASAMBLEA: Cristo, ten piedad.

SACERDOTE: Señor, ten piedad.

ASAMBLEA: Señor, ten piedad.

5. El **Gloria**, que es un Himno de alabanza jubilosa a la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y se reza especialmente los domingos y en las fiestas y solemnidades. El Gloria indica claramente la tonalidad festiva de toda la celebración eucarística.

SACERDOTE Y ASAMBLEA: Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor...

6. Y la **Oración Colecta** que reza el sacerdote en voz alta, y que, como su nombre lo indica, reúne, recoge, las intenciones y peticiones de todos los participantes en la celebración, y de todo el pueblo de Dios. La Oración colecta es variable, pero siempre es una oración de petición, que invoca los dones de Dios para quienes participan en la celebración, para la Iglesia, y también para el mundo.

SACERDOTE: Oremos... Dios todopoderoso y

eterno, concede a tu pueblo que la meditación de tu doctrina le enseñe a cumplir siempre, de palabra y de obra, lo que a ti te complace. Por nuestro Señor Jesucristo. (Oración Colecta del séptimo domingo del Tiempo Ordinario)

TODOS: Amén

En la **LITURGIA DE LA PALABRA** Dios mismo se hace presente en medio de la asamblea reunida, por su Palabra que es viva y eficaz, nos habla de su amor infinito por nosotros, y nos instruye y fortalece en la práctica del bien. En las lecturas, que luego explica y desarrolla el sacerdote en la homilía, Dios nos descubre el Misterio de la Redención y nos ofrece el alimento espiritual que requerimos, para que nuestra fe y nuestra esperanza cristiana crezcan, se nutran y se desarrollen como tienen que hacerlo. Nosotros hacemos nuestra esta Palabra de Dios con la profesión de fe (Credo) y con los cantos.

La Liturgia de la Palabra comprende:

1. Una **Lectura** tomada de los escritos de los profetas, contenidos en el **Antiguo Testamento**.
2. El **Salmo responsorial**, que es a la vez alabanza de la Palabra de Dios escuchada, y oración de petición al Padre para que nos ayude a poner en práctica sus enseñanzas.
3. Una **Lectura** tomada de las memorias de los apóstoles, contenidas en el **Nuevo Testamento**, que nos instruye y nos anima en el seguimiento de Jesús.
4. El **Aleluya**, que es un saludo y una alabanza a Dios,

que introduce el tema del Evangelio.

6. El **Evangelio**, que hace presente a Jesús y su mensaje de amor y de salvación en medio de la asamblea.

7. La **Homilía**, que es la explicación que el sacerdote - en nombre de la Iglesia - nos da sobre la Palabra de Dios y su exhortación para que la asumamos y la hagamos realidad en nuestra vida cotidiana.

8. El **Credo**, resumen de la fe, de nuestra fe, de lo que creemos y esperamos de Dios. Cuando rezamos el Credo damos testimonio de nuestra adhesión a la persona de Jesús, y lo confesamos como nuestro Dueño, nuestro Señor, y nuestro Salvador. El Credo es una profesión de fe solemne y pública.

9. La **Oración universal o de los fieles**, que es una oración de súplica a Dios por las necesidades de la Iglesia, del mundo, y de todos y cada uno de los participantes en la celebración.

La tercera parte de la Celebración Eucarística es la **LITURGIA DE LA EUCARISTÍA** en sentido estricto, que se ordena siguiendo el modelo de las palabras y las acciones de Jesús en la Última Cena. La Liturgia de la Eucaristía comprende tres momentos especiales:

1. La **PRESENTACIÓN DE LOS DONES**, el pan, el vino y el agua, que se ofrecen a Dios Padre, y que el Espíritu Santo, con su poder, transformará en el Cuerpo y la Sangre de Jesús. En algunas ocasiones estos dones van acompañados por ayudas especiales – en dinero o en especie –, que la asamblea ofrece a Dios para satisfacer las necesidades de los pobres y débiles de la comunidad,

siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos.

SACERDOTE: Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos: él será para nosotros pan de vida.

ASAMBLEA: Bendito seas por siempre, Señor.

SACERDOTE: Bendito Seas, Señor, Dios del universo, por este vino, fruto de la vid ...

ASAMBLEA: Bendito seas por siempre, Señor.

2. La **PLEGARIA EUCARÍSTICA**, que es una oración de acción de gracias y de santificación, que se inicia con el Prefacio, y nos conduce al punto culminante de la celebración: la Consagración del pan y del vino, que renueva el Sacrificio de Jesús en la cruz.

SACERDOTE: El Señor esté con ustedes.

ASAMBLEA: Y con tu espíritu.

SACERDOTE: Levantemos el corazón.

ASAMBLEA: Lo tenemos levantado hacia el Señor.

SACERDOTE: Demos gracias al Señor, nuestro Dios

ASAMBLEA: Es justo y necesario.

SACERDOTE: En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno...

A ti, pues, Padre misericordioso, te pedimos

humildemente por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que aceptes y bendigas estos dones, este sacrificio santo y puro que te ofrecemos...

Bendice y acepta, oh Padre, esta ofrenda, haciéndola espiritual, para que sea Cuerpo y Sangre de tu Hijo amado, Jesucristo, nuestro Señor. El cual, la víspera de su pasión, tomó pan en sus santas y venerables manos, y, elevando los ojos al cielo, hacia Ti, Dios, Padre suyo todopoderoso, dándote gracias y bendiciendo, lo partió, lo dio a sus discípulos y dijo: Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros...

3. Y el **RITO DE COMUNIÓN**, que comprende: el Padrenuestro, el Rito de paz, la Fracción del pan, el Cordero de Dios, la Comunión propiamente dicha, en la que el sacerdote celebrante y los fieles participantes, recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo que se hace nuestro alimento espiritual, y la Oración después de la Comunión, que es una acción de gracias a Dios Padre por haber podido celebrar la Eucaristía.

SACERDOTE: Concédenos, Dios todopoderoso, alcanzar un día la salvación eterna, cuyas primicias nos has entregado en estos sacramentos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ASAMBLEA: Amén.

Finalmente viene el **RITO DE CONCLUSIÓN**, con el

saludo y la bendición del sacerdote, la despedida, y la exhortación a los participantes, para que vuelvan a sus quehaceres y obligaciones de todos los días, y a vivir en ellos su fe, fortalecidos con nuevas y abundantes gracias del Señor.

SACERDOTE: El Señor esté con ustedes.

ASAMBLEA: Y con tu espíritu.

SACERDOTE: La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes.

ASAMBLEA: Amén.

SACERDOTE: Pueden ir en paz.

ASAMBLEA: Demos gracias a Dios.

Termina la Misa y continúa la vida; la vida ordinaria con sus alegrías y sus dolores, sus triunfos y sus fracasos; la vida ordinaria en la que nuestra fe crece y se desarrolla en medio de luces y sombras; la vida ordinaria en la que los católicos estamos llamados a hacer presente a Jesús en el lugar donde estemos y en lo que hagamos.

Termina la Misa y continúa la vida, el testimonio, nuestro testimonio de Jesús, de su verdad, de su amor infinito por nosotros, de su muerte y su resurrección salvadoras.

De nada sirve haber estado en Misa si no somos coherentes, si nuestra vida no muestra que creemos, que amamos, que esperamos.

De nada sirve haber estado en Misa si vivimos igual a los que no van, si no se nos nota la fe, si los demás no

pueden dar razón de nuestra esperanza, si el amor de Dios no ha florecido en nuestro corazón, si no amamos de verdad a Dios y a los hermanos, y lo demostramos con palabras y con obras, claras y concretas.

La Eucaristía debe llevarnos a superar todos los individualismos, los egoísmos, los odios y rencores, porque es el Sacramento del amor y de la unidad.

Termina la Misa y continúa la vida. Participar en la Celebración Eucarística nos exige vivir de una manera especial, porque en ella sellamos con Jesús un pacto, un compromiso de vida.

